

“Galileo”



Galileo Galilei, por Octavio Leoni (1624).



El actor Cyril Cusack, en el papel de Galileo (1968).

Guión cinematográfico de Liliana Cavani y Tullio Pinelli

FICHA DE LA PELICULA

Consejero para cuestiones históricas
Director de fotografía
Decorados y vestuario
Música
Montaje
Organización general
Ayudante de dirección
Dirección

INTERPRETES:

Galileo
Comisario, dominico
Sagredo
Giordano Bruno
Padre Inchofer, jesuita
Cardenal Belarmino
Acquapendente, prof. de anatomía
Papa Urbano VIII
Comisario, dominico
Bernini
Padre Charles

LILIANA CAVANI y TULLIO PINELLI
BORIS ULIANICH
ALFIO CONTINI
EZIO FRIGERIO
ENNIO MORRICONE
NINO BARAGLI
SERGIO JACOBIS
RINA MACRELLI
LILIANA CAVANI

CYRIL CUSACK
GIGI BALLISTA
GIULIO BROGI
GHEORGHI KOLAIANCEV
NICOLAI DOICEV
GHEORGHI CERKELOV
MARCELLO TURILLI
PIERO VIDA
MIROSLAV MINDOV
PAOLO GRAZIOSI
LOU CASTEL

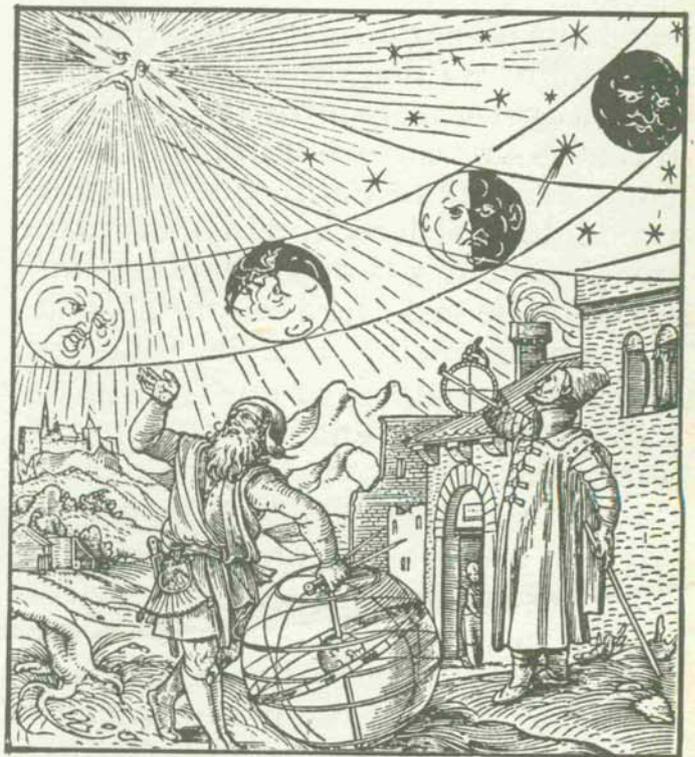
Producido por Leonardo Pescarolo para Fenice Cinematográfica, Venecia - Rizzoli
Film, Roma - Kinozenter, Sofía.

ME parece que hablar de Galileo es algo perfectamente actual. En 1964 se dijo en el Concilio, aunque ello se debiera exclusivamente a los esfuerzos de los progresistas: «Permítasenos lamentar ciertas actitudes morales, derivadas del hecho de no haber comprendido de modo suficiente la legítima autonomía de la ciencia, y que indujeron a muchos espíritus a pensar que la fe y la ciencia se oponen entre sí». La Iglesia ha desconfiado de la ciencia, y en buena parte sigue desconfiando todavía hoy. Ciencia quiere decir física, economía, sociología, antropología, etnología, investigaciones que han hecho avanzar enormemente el conocimiento humano. La Iglesia debería haber avanzado al mismo tiempo; en vez de eso, todavía podemos contemplar las luchas sordas o públicas que se entablan entre los llamados defensores de la autoridad y todos aquellos cristianos que la «contestan». Porque, en última instancia, lo que se quiere defender, tanto hoy como ayer, no es el espíritu de la palabra transmitida, sino la autoridad de la institución eclesiástica.

Mi película aborda, desde la selección misma de los diálogos, la escenografía y el vestuario, el siguiente tema: En la época de Galileo (que es la época de gestación de una especie de preilustración a cuya cabeza figuran hombres como Copérnico, Kepler, Campanella, Bruno, Sarpi y el propio Galileo) empieza a adquirir prepotencia la casta eclesiástica en su función de privilegio, de autoridad, de alejamiento respecto de la gente, de censura, de vigilancia policiaca, para impedir que la nueva ciencia que nace entonces pueda penetrar en las cabezas de los católicos. Y ello porque vendría a poner en cuestión muchas cosas. **En la época de Galileo** va gestándose ya esa Iglesia triunfalista,

centrada casi exclusivamente sobre el culto a la personalidad de papas y cardenales, que llenan las iglesias con sus estatuas, tumbas, insignias, frases y reliquias; en la Iglesia de la contrarreforma, atrincherada tras sus mármoles, que ya ni siquiera ve a la gente, a las capas sufrientes, que no las entiende, que está, en una palabra, completamente «out». La Iglesia se mantiene, durante siglos, «al margen» de la ciencia, es decir, de la economía, de la sociología, de la investigación en todos los campos; se mantiene al margen de la cultura.

La idea de cultura que tenemos hoy es bastante precisa: se trata de un constante estímulo renovador, de una fuerza que disgrega y reconstruye sin cesar, es decir, de una «revolución permanente». Resulta paradójico que alguien pueda sorprenderse ante esta definición, considerándola «prochima», si tenemos en cuenta que Cristo fue ya en su tiempo «signo de contra-



Galileo y su ayudante, realizando trabajos sobre la esfera celeste. (Grabado de Munster en «*Canones super novum instrumentum*».)

dicción», es decir, cultura. Por otra parte, esa definición aparece con toda nitidez en los escritos del propio Galileo; las ideas nuevas, que son parte de la vida y no cadáveres, quieren vivir, y tras ellas aparecen otras, y después otras y otras, y en ningún lugar está escrito que Dios se oponga a la cultura. El miedo, la desconfianza ante la vida, ante los hombres y ante la fe, son los rasgos que caracteriza a quienes temen a la ciencia. Ya en la época de Galileo se hablaba de los buenos tiempos pasados, cuando la gente era honesta y obediente, mientras que los momentos actuales (es decir, precisamente los de Galileo) están llenos de peligros mortales, con las personas desquiciadas y la fe «mortificada»... Quienes temían a Galileo hablaban con las mismas palabras que utilizan los conservadores de hoy. Exactamente las mismas.

Sé que a algunas proyecciones de mi película, celebradas en «altas esferas», han acudido «expertos» cargados de libros para comprobar si yo decía la verdad o no. Pero yo he realizado una película, no un ensayo histórico sobre Galileo. Mi película se limita a querer transmitir el espíritu de un enfrentamiento: el enfrentamiento entre el hombre culto, que ha comprendido ya el derecho a la libertad de investigación, y la autoridad, una autoridad que se declara religiosa y que, en consecuencia, debería fundarse sobre el espíritu pero que, en vez de eso, actúa como una institución que sólo parece creer en sus propios fundamentos.

Algunos eruditos (no puedo llamarles hombres cultos, porque son incapaces de ver el espíritu y se quedan sólo con la letra, con los datos) han criticado el hecho de que yo presente un encuentro entre Giordano Bruno y Galileo, porque no hay ningún documento que hable de tal encuentro. Sé muy bien



Portada de la edición original de los «Diálogos» de Galileo. En ella aparecen representados Tolomeo y Copérnico, además de (a la derecha) la figura imaginaria de Simplicio.

que no hay documento alguno que hable de ello. Galileo y Bruno estuvieron en Venecia durante los mismos meses de otoño de 1592. Frecuentaron los mismos círculos; pudieron no encontrarse nunca, pero también pudieron hacerlo alguna vez. En todo caso, el sentido que tiene ese encuentro en mi película es dar a entender que Galileo no era un fanático aislado, sino que en torno a él había también otras grandes figuras que investigaban en la misma dirección: Sarpi, Bruno, Kepler, Campanella, Copérnico, incluso antes que el mismo Galileo. Todavía hoy es tal el miedo a mirar las cosas de frente, es tan escasa la confianza en la palabra del laico, que podríamos decir que los tiempos de Galileo no están en realidad tan lejos.

En la calificación del C.C.C. (1), en la hojita que ponen a la entrada de las parroquias, la película «Galileo» aparece reservada para «mayores con reparos». Y la censura estatal la había prohibido para menores de 18 años. Después hubo una especie de replanteamiento y la «liberaron». Pero la censura eclesiástica no cedió, porque el rebaño mira siempre con muchas reservas a una película que, con todas sus limitaciones, pueda hacer pensar y reflexionar sobre cosas que afectan precisamente al rebaño mismo. Eso sí: los cines parroquiales seguirán programando cada semana películas del Zorro, del Oeste y todas esas cintas más o menos estúpidas cuyo objetivo consiste en embrutecer por un par de perras durante las horas de descanso dominical. Y mientras, en la hojita del C.C.C. podrá leerse una crítica más bien seca y dura, que quitará

(1) N. de la R. de TIEMPO DE HISTORIA.—En todo este párrafo, Liliana Cavani habla —lógicamente— de instituciones italianas. En España, la película ha tardado siete años en ser autorizada.

a la gente las ganas de ir a ver la película.

Cuando se habla del mundo de hoy con el pesimismo de los predicadores trasnochados, deberíamos reaccionar y comprender que los males actuales son la consecuencia de no estar acostumbrados a pensar por cuenta propia, ni a intentar comprender el verdadero sentido de las palabras que pronunciamos, de no estar acostumbrados a asumir una responsabilidad individual ante los fenómenos sociales, y sí, en cambio, a pedir a una fantasmagórica «providencia» la solución de todas las injusticias (hambre, desequilibrio, abusos, violencia, intolerancia, ignorancia). En eso consiste la educación. Galileo fue castigado por poner en duda los dictados de la Iglesia. Creía que la Iglesia le necesitaba, que era posible dialogar con ella. ¿Era un ingenuo? Posiblemente. Creía en esas palabras que la Iglesia se aplica a sí misma: «Soy el camino, la verdad, la luz». Y se equivocó. ■
LILIANA CAVANI.

NOTA DE LOS TRADUCTORES

La traducción castellana de «Galileo», que ofrecemos, ha sido realizada a partir del guión literario elaborado por Liliana Cavani y Tullio Pinelli antes del rodaje de la película, y no sobre la versión definitiva de la misma. Esto explica la existencia de ciertas diferencias entre el texto y la cinta, que no pasarán desapercibidas para los posibles lectores - espectadores. Se trata, ciertamente, de modificaciones mínimas (reducción de algunos diálogos —en las secuencias 12 y 31, por ejemplo—, adición de determinados planos no previstos —el desenlace de la misma secuencia 12 o las imágenes de un mono que corretea por la balastrada de la sala de la abjuración, en la secuencia final—, etc.) que no afectan de modo sustancial al sentido de la obra. Como alteración más importante, conviene destacar, sin embargo, la supresión total de la secuencia que, en el guión literario, aparece con el número

25 (la agitada meditación del cardenal Belarmino). Citemos asimismo algunas irregularidades en el subtítulo castellano de la película (exhibida íntegramente en España), consistentes sobre todo en «suavizaciones» de determinadas expresiones que pueden oírse con toda claridad en la banda sonora («asqueroso» por el italiano «merda», en la secuencia 9; «hábitos blancos y negros» por «perros blancos y negros» —refiriéndose a los dominicos— en la 32, etc.). Por lo demás, insistimos en la fidelidad general con que se ha llevado a la pantalla el guión literario que presentamos.

TIEMPO DE HISTORIA agradece a la distribuidora «V. O. Films», y concretamente a don Vicente Antonio Pineda, su gentileza al facilitarnos el material fotográfico de la película «Galileo» que aparece en estas páginas.



GALILEO (en tono académico): La esfera terrestre es el centro del universo, y en torno a ella giran el sol y las estrellas, todas las demás estrellas, que son esferas perfectas...

1. Anfiteatro anatómico de Padua. Interior.

Una especie de graderío de bancos dispuestos en círculo, pequeña torre de Babel abarrotada de estudiantes que hablan en todas las lenguas. Hay jóvenes y viejos, frailes, curas y profesores de diversas disciplinas. En una de las primeras filas puede verse a Galileo; junto a él, fray Paolo Sarpi.

El profesor Acquapendente trabaja con gestos precisos sobre la cabeza de un cadáver, seguido atentamente por mil ojos. Por fin, muestra a todos el cerebro humano, con las ramificaciones de los nervios. El murmullo incesante y la viva agitación de los presentes demuestran que las lecciones de anatomía constituyen un acontecimiento extraor-

dinario y escandaloso, una «desacralización» del cuerpo humano. En el aula hay, efectivamente, muchas personas que se oponen a ellas: frailes y curas en general, pero también profesores universitarios.

ACQUAPENDENTE: Llevo bastante tiempo estudiando esta parte del cuerpo humano... Quería ver con mis propios ojos el punto del que parten todos los nervios. Estos tienen su origen en el cerebro y sus ramificaciones pasan por la nuca, se extienden a lo largo de la médula espinal y se distribuyen por todo el cuerpo. Sólo un hilillo delgadísimo llega hasta el corazón.

SARPI: ¡Es extraordinario! Entre otras cosas, está en contradicción con la opinión de Aristóteles, que

decía que los nervios parten del corazón.

CREMONINI (A Paolo Sarpi): Padre, sabéis cómo os estimo, pero vuestra actitud es arbitraria y vuestras afirmaciones demasiado precipitadas...

UN DOMINICO: En tiempos de Aristóteles no se podían poner las manos sobre los muertos, como se hace ahora. ¡Esto es un sacrilegio!
ACQUAPENDENTE: ¡Silencio! Profesor Cremonini, os lo ruego, acercaos y mirad.

CREMONINI: Ya he visto, ya he visto... y si tuviese que dar crédito a mis ojos, diría que no os equivocáis, pero, puesto que Aristóteles ha dicho lo contrario, pienso que hay buenas razones para dudar de lo que vemos.

GALILEO: Profesor, ¿no sentís acaso el calor y el frío con vuestros propios sentidos? ¿Le preguntáis entonces a Aristóteles si debéis abrigaros o no?

CREMONINI: Querido colega, ¿pretendéis burlaros de mí?

GALILEO: Decidme: cuando un traje se os queda estrecho ¿no os hacéis otro nuevo?

CREMONINI: ¿Qué queréis decir?

GALILEO: Lo mismo sucede en la ciencia: utilizamos una teoría hasta que nos damos cuenta de que se ha quedado demasiado pequeña.

CREMONINI: ¿Y dónde dejáis la autoridad de Aristóteles?

GALILEO: A la ciencia, la autoridad le tiene sin cuidado.

SARPI: En este mismo aula hemos visto caer muchas teorías que hasta ayer creíamos verdaderas. Por ejemplo, ciertas teorías de Galeno.

UN ESTUDIANTE: ¡Os parecerá a vos que han caído!

Se oyen muchos comentarios.

SARPI: No lo digo yo, lo dice el cadáver. ¡Este es el libro de la verdad!

ESTUDIANTE: ¡Galeno es el mayor médico de la historia!

ACQUAPENDENTE: Nadie niega el valor de Galeno, aunque se haya demostrado que algunas de sus opiniones eran infundadas. Pongamos un ejemplo. Mirad aquí... Según Galeno, el cuerpo humano estaría regulado por tres espíritus; esos tres espíritus pasarían del hígado al corazón por medio de ciertos canales que atravesarían el tabique ventricular del corazón mismo. Galeno describe minuciosamente esos canales, que tendrían que encontrarse exactamente aquí... Pero hay un pequeño problema, y es que esos canales no existen.

La explicación de Acquapendente provoca comentarios y gestos de estupor en el aula.

UN MEDICO: ¡Queréis ridiculizar a Galeno!

ACQUAPENDENTE: Querido colega, acercaos y mirad.

El médico se acerca al cadáver del que se ha extraído el corazón. Coge

un bisturí y empieza a analizar la víscera.

ESTUDIANTE: ¿Existen o no?

El médico busca en vano los canales de los que había hablado Galeno.

MEDICO: No existen, pero si Galeno los describió, tenía que haber una razón; quiero decir que existían, y que desde su época hasta hoy (han pasado catorce siglos) la anatomía humana ha cambiado y esos canales habrán desaparecido por algún motivo.

La explicación convence a pocos de los presentes. Se oyen risotadas.

SARPI: ¿Cómo explicáis entonces que el esternón no esté compuesto por siete huesos, como dice Galeno, sino sólo por tres?... ¿Sabéis darme una razón?

El médico responde, enojado:

MEDICO: En tiempos de Galeno, el esternón estaba compuesto por siete huesos, porque eran los que necesitaban los robustos pechos de los héroes antiguos... ¡Mientras que a los degenerados hombres de hoy les basta con tres!

Más risotadas. Fray Paolo Sarpi comenta, irónico.

SARPI: ¡Qué idea!

ACQUAPENDENTE: La verdad es que Galeno analizaba cadáveres de perros...

Un dominico asume la defensa de la vieja escuela médica.

DOMINICO: ¡La paciencia tiene un límite! ¡Estas estupideces son herejías!

SARPI: ¿Qué herejías? ¡Hay que dejar de considerar herejes a todos los que buscan la verdad!

DOMINICO: Me sorprende que llevéis hábito. ¿No sabéis que el cuerpo es el templo del alma? Y aquí se obra con la mayor ligereza, se curiosean cómo está hecho el cerebro y cuántos músculos tiene el corazón. ¡Como si de estas cosas dependiese la salvación del alma!

SARPI: ¡Yo creo que el deseo de conocer la verdad es también un deseo de salvación!

2. Atrio del aula de anatomía.

Están saliendo estudiantes y profesores. Sarpi habla con Galileo.

SARPI: ...Por tanto, si los estudiantes nos siguen, hacemos bien en hablar de ello...

Galileo señala un estuche que tiene Sarpi en la mano.

GALILEO: ¿Qué llevas ahí?

SARPI: Un aparato que me han traído de Holanda; dicen que sirve para ver de cerca las cosas lejanas... Hazme un favor: mira si es algo serio; a mí me parece un juguete.

3. Laboratorio de Galileo.

Galileo está ante la mesa de trabajo. Un poco más allá, Mazzoleni, atareado con diversos instrumentos. Galileo examina el juguete holandés. Lo observa una y otra vez, y por fin se decide a despedazarlo. Estudia con interés todos los elementos que lo componen, especialmente las lentes.

4. Villa veneciana.

Jardín de la villa de los Morosini. Varias personas sentadas a una mesa bien dispuesta para la comida. Andrea Morosini, su mujer y su hija, Paolo Sarpi, Sagredo, Galileo, Giovanni Mocenigo; junto a él, un hombre (Giordano Bruno) de unos cuarenta años (moreno, de mirada ardiente), una señorita de la familia de los Morosini, el profesor Cremonini (filósofo de aspecto amanerado), el profesor Acquapendente. Están en los postres. Acquapendente está mostrando a los comensales uno dibujos anatómicos diseñados con la mayor perfección.

MOROSINI: ¡Mira cómo estamos hechos!... ¡Observa!

CONDESA MOROSINI: O sea que ya hasta en la mesa... cosas que quitan el apetito...

Acquapendente muestra uno de los dibujos a Galileo.

ACQUAPENDENTE: Las ramificaciones nerviosas del ojo las ha descubierto Sarpi precisamente.

GALILEO (A Sarpi): Astronomía, anatomía... Eres un hombre extraordinario.

SARPI: ¿Quieres decir que tengo demasiada curiosidad para ser un fraile?

GALILEO: No, al contrario... ¡Ojalá hubiera muchos como tú!

ACQUAPENDENTE (A Galileo): También nosotros, los anatomistas, nos interesamos en cierto modo por la mecánica... Esta es la máquina humana. Hasta ahora no habíamos empezado a comprender cómo se mueven los músculos.

GALILEO: Es fantástico...

SAGREDO: Es decir, que sabemos un poco mejor cómo está construido el cuerpo humano, pero no sabemos casi nada del universo... Es realmente absurdo. ¿De qué depende eso?

GALILEO: De los libros.

CREMONINI: ¡No le hagáis caso! Le gusta impresionar a la gente.

SAGREDO: No lo creo... Pero si prescindimos de los libros, ¿qué nos queda?

GALILEO: La duda...

CREMONINI: ¡Esta sí que es buena!

MOROSINI: A propósito: tengo yo un reuma aquí... Vosotros deberíais saber quitármelo. Me hace un daño de mil demonios...

CONDESA: Y yo lo tengo en la parte baja de la espalda; me está martirizando.

MOROSINI (Mirando uno de los dibujos): ¿De verdad creéis que ésto se parece en algo a mí?

CONDESITA: ¡Dios mío, es horrible! Si el hombre es así por dentro, resulta verdaderamente repugnante.

SAGREDO: Pues hay quien dice que es bellissimo...

CREMONINI: ¡El hombre es el ser más perfecto!

GALILEO: Esa es una afirmación parcial. Cualquier elemento de la naturaleza es, en sí, perfecto.

CREMONINI: No. Existe una gradación. Por ejemplo: el mono es más feo que el hombre.

GALILEO: El mono es perfecto; un sapo es perfecto también. Y nosotros —que me perdonen las señoras— no somos más hermosos.

Giordano Bruno, que no ha pronunciado palabra hasta ahora, pero ha seguido la conversación entre Galileo y Cremonini, interviene:

BRUNO: El universo es maravilloso en todas y cada una de sus partes.

CREMONINI: No lo dudo... Pero, puesto que el universo ha sido creado para el hombre, el hombre es el ser más perfecto.

BRUNO: La tierra no es el centro del universo... El universo no ha sido creado para el hombre. La humanidad es sólo una pequeña parte del todo.

Sarpi, que no había hecho caso alguno a ese individuo silencioso que se encuentra en el otro extremo de la mesa, interviene animadamente:

SARPI: Lo que decís es interesante en ciertos aspectos... pero no olvidemos que el hombre ha sido creado para fines superiores.

Bruno hace una pregunta burlona:

BRUNO: En vuestras anatomías encontraréis músculos y huesos... Pero ¿habéis encontrado los «fines superiores»?

Sarpi está serio, pensativo, y responde tras una breve pausa.

SARPI: Pertenecen a la fe...

BRUNO (A Galileo): Y si algún día conseguís hacer la anatomía del universo, ¿creéis que encontraréis el paraíso?

GALILEO (Levemente irritado): Pero ¿qué pregunta es esa?

Mocenigo, que ha sido quien ha llevado a casa de Morosini a un comensal tan extraño como Bruno, está preocupado por el cariz que toma la conversación; en voz baja, dice a Bruno:

MOCENIGO: Ya está bien, ya está bien. ¿Qué te ocurre? Esa no es manera de hablar... Por favor, cambia de tema.

Bruno sigue diciendo lo que piensa, ignorando la inquietud de Mocenigo:

BRUNO: En la Biblia se dice que Dios creó la luz el primer día, y el sol, la luna y las estrellas, el cuarto... Pero entonces, ¿de dónde venía la luz el primer día?

Sarpi se siente cada vez más interesado por las preguntas de aquel invitado y, por ello, sostiene y continúa la conversación.

SARPI: ¿Qué respondéis vos?

Aumenta la preocupación de Mocenigo. Teme que Bruno pueda comprometerle con sus afirmaciones heréticas, que alguien vaya a delatarlos después... Sus codazos a

Bruno no han servido para nada. En ese momento pasa un camarero, llevando un enorme pastel... Para acabar con la conversación, Mocenigo intenta ponerle la zancadilla por debajo de la mesa cuando pasa ante él; lo consigue; el camarero cae; el pastel se vuelca sobre los comensales, la crema salpica en todas las direcciones y la conversación queda bruscamente interrumpida. Algunos se ponen de pie, otros intentan limpiarse, ríen o maldicen.

BRUNO: ¡Soy libre de decir lo que me parezca!

MOCENIGO: Mientras seas mi huésped en Venecia no debes hablar así. ¡Qué herejías! ¡No quiero comprometerme!

Bruno se encoge de hombros y se aleja diciendo:

BRUNO: Dile a Galileo que quiero hablar con él...

Mocenigo vuelve junto a los demás.

MOCENIGO: Pido excusas por mi huésped; tiene ideas peligrosas, que yo no comparto en absoluto.

SARPI: Cada uno es responsable de sus propias opiniones.

CREMONINI: ¡Pero si es Giordano Bruno, el fraile excomulgado!

MOROSINI: Guardaos del viento y del fraile que deja el convento... Por cierto, ¿dónde está?

MOCENIGO: En la casa; ha ido a lavarse... Y quiere hablar con el señor Galileo...

5. Senderos arbolados de la villa veneciana.

Galileo y Giordano Bruno pasean, solos, por uno de los senderos del jardín.

BRUNO: ¿No os da miedo que os vean conmigo?

GALILEO: No tengo miedo. Conozco vuestras ideas, pero no las comparto.

BRUNO: ¿Qué ideas?

GALILEO: Que la materia es Dios, si no me equivoco.

BRUNO: No existe un Dios que crea y organiza la materia desde fuera.

GALILEO: Con esas teorías eliminaréis las bases de la religión.

BRUNO: Intento liberar a la reli-

gión de las imposturas. No hay nueve cielos, sino uno solo: el espacio infinito en el que se mueven todas las estrellas... Existen infinitos mundos e infinitos soles; nuestra tierra es un grano de polvo que se mueve y resbala, como todos los demás mundos...

GALILEO: ¿Qué pruebas tenéis?

BRUNO: La razón.

GALILEO: ¿Qué experimentos habéis hecho?

BRUNO: Me basta con la razón...

GALILEO: Todo cuanto decís está aún por demostrar. Yo también estoy estudiándolo. Sin embargo, espero.

BRUNO: ¿Creéis todavía que el cielo está poblado de angelitos?

GALILEO: También yo sospecho, pero sólo sospecho, que el universo es materia y que todo se

mueve, incluso la tierra... Pero si no tengo pruebas, no hablo. Acordaos de Copérnico... Cuando dijo, sin pruebas, que la tierra se movía, todos se rieron de él.

BRUNO: En cambio, vos, buscáis el éxito...

GALILEO: No... Simplemente quiero pruebas.

BRUNO: Sé que este año enseñaréis en Padua... La ciencia que se imparte en la escuela es un lodazal, ¿lo sabéis?

Galileo titubea.

GALILEO: Sí...

BRUNO: ¿Y no vais a enseñar las nuevas ideas sobre el universo?

GALILEO: Sin pruebas, no. Ya os lo he dicho.

BRUNO: Es decir, que enseñaréis las tonterías habituales...

Galileo se enfada.

GALILEO: No quiero pasar por visionario ni por hereje...

BRUNO: Luego tenéis miedo...

GALILEO: Sí...

BRUNO: ¿Por qué tenéis miedo?

GALILEO: No lo sé. Vos sois un rebelde, ¿verdad?

Bruno responde con ira y desprecio.

BRUNO: El hombre ha sido creado rebelde porque ha sido creado libre... ¡Pero no sabe qué hacer con la libertad, le quema en las manos y se alegra cuando encuentra a alguien que le obligue a obedecer! ¡Porque le gusta inclinarse ante alguien, besar los pies de alguien! ¡Todos se destrozan el espinazo con tanta inclinación!

GALILEO: Yo no soy así.

BRUNO: Pero llegaréis a serlo, si queréis vivir en paz.



GIORDANO BRUNO (de espaldas): Mi filosofía nace de un gran amor por el universo entero. Para mí, el universo mismo es Dios.

CARDENAL BELARMINO: ¡Sois un falso profeta!

COMISARIO: ¡Sois un enemigo de Dios y de la Iglesia!

6. Habitación de la casa de Galileo, en Padua.

Galileo canturrea, dentro de un gran tonel, mientras se baña. Marina le ayuda a enjabonarse.

MARINA: ¿Has visto a Morosini?

GALILEO: He estado en su casa.

MARINA: Dicen que vive con una muchacha de Milán. Es joven, ¿eh?

GALILEO: No la he visto.

MARINA: ¡Ya! Pues la próxima vez que vayas a Venecia iré contigo. Te vas a divertirte y me dejas aquí trabajando. Pero eso se acabó; estoy cansada.

GALILEO: Tienes razón, descansa... Haré que venga mi madre.

MARINA: Por caridad... Deja a tu madre donde está.

GALILEO: Entonces, ¿qué tengo que hacer?

MARINA: No lo sé... Pero en este estado...

GALILEO: ¿En qué estado?... ¿Eh?... ¿Estás segura?...

MARINA: Sí...

GALILEO: ¡Tengo que decírselo a Sagredo!

MARINA: ¿Qué tiene que ver Sagredo con esto? Piensa en nosotros dos.

GALILEO: ¿Nosotros dos?

MARINA: No soy tu mujer.

GALILEO: Bueno, pero todavía hay tiempo para eso...

MARINA: ¿Ah, sí? ¿Quieres que nazca así también?

GALILEO: Lo importante es que el niño nazca bien, fuerte... Y, mientras, hay que buscar a alguien que ayude en casa.

MARINA: Si no te casas conmigo, me marchó; ya te lo he dicho.

GALILEO: ¿Estás loca, o qué?

MARINA: Si me quisieras, te casarías..., como hacen todos.

GALILEO: Comprendo. Quieres que todos te digan: «Mis respetos, señora», que te hagan reverencias.

MARINA: Pues también. ¡También yo tengo derecho a eso!

GALILEO: Desde luego. Pero yo siempre te digo «señora» y te hago todas las reverencias que quieras. ¡Vamos! ¡Ven acá!

MARINA: ¡Déjame en paz!

7. Dormitorio de Galileo, en Padua

Galileo está vistiéndose para la clase: traje oscuro, cuello almidonado (que odia) con todos sus pliegues. Está ante el espejo y su rostro expresa contrariedad.



UN DOMINICO (a Galileo): ¡La luna no puede ser rugosa, porque es un cuerpo celeste y, por tanto, perfecto!
OTROS DOMINICOS: ¡Estáis blasfemando! ¡Expulsáis a Dios del cielo! ¿Dónde lo colocáis?

MARINA: Tengo que comprar ropa para la casa...

GALILEO: Ya la comprarás.

MARINA: ¿Cuándo?

GALILEO: Todavía no corre prisa.

MARINA: Como siempre. Lo mismo me dijiste hace un mes.

GALILEO: Yo creo que la casa está bien como está.

MARINA: Soy yo la que está siempre en casa ¿no? Anda, dame algo de dinero.

GALILEO: No tengo.

MARINA: Pídelo en la universidad.

GALILEO: Imposible. Voy a dar hoy la primera clase y ya he gastado el sueldo de un año.

MARINA: Claro, se lo mandas todo a tu madre...

GALILEO: Bueno, mujer, son compromisos...

MARINA: ¿Y conmigo no tienes compromisos?

GALILEO: Bueno, bueno, de acuerdo... (*mirándose al espejo*). ¡Demonios! Parezco un retrasado.

MARINA: ¡Qué va! Estás muy bien...

GALILEO: Ya me dirás tú si hace falta disfrazarse de este modo para dar clase...

Lllaman a la puerta.

SAGREDO: ¿Puedo pasar?

GALILEO: Pasa, Sagredo, pasa.

Sagredo tiene la cara llena de cardenales.

GALILEO: ¿Qué te ha pasado?

SAGREDO: Me he peleado con Mocenigo.

GALILEO (*Bromeando*): Pero le habrás zurrado.

SAGREDO: ¡Maldito desgraciado! Ha denunciado a Bruno y lo ha entregado en manos de los curas...

Galileo cambia bruscamente de expresión. Está serio, casi avergonzado.

GALILEO: Sí... Me he enterado.

SAGREDO: ¿Y qué piensas?

Galileo se muestra visiblemente incómodo.

GALILEO: ¿Que qué pienso? ¡Pienso que no se puede pensar!

8. Aula de Galileo, en Padua.

El aula está llena de estudiantes, frailes y curas; a un lado puede verse también a seis o siete profesores, envueltos en sus togas. Entre los estudiantes está Sagredo, que escucha con la mayor atención. Sobre la cátedra hay una especie de puntero que Galileo utiliza para señalar en el mapa colgado tras él y que representa el viejo sistema solar ptolomaico. Galileo habla en tono académico.

GALILEO: La esfera es símbolo de perfección, pero la idea que tenemos de ella es imperfecta. La esfera terrestre es imperfecta a causa de los montes y mares... y también por culpa nuestra: somos imperfectos, mortales, percederos... La esfera terrestre es el centro del universo, y en torno a ella giran el sol y las estrellas, todas las demás estrellas, que son esferas perfectas... (*Se anima un poco*). A decir verdad, hay quien no lo cree así. Algunos sostienen que la tierra no está de hecho aquí, sino que aquí está el sol y que la tierra gira alrededor del sol, junto con todos los planetas. (*Tono académico*). Pero eso significaría que la tierra es un astro perfecto, lo cual, como ya he dicho, no es verdad. Si así fuese, Aristóteles y santo Tomás lo habrían escrito en sus libros; en cambio, han escrito precisamente lo contrario; por tanto, la tierra es inmóvil y está situada en el centro del universo... envuelta por nueve cielos. Sí, exactamente nueve. Lo dice Aristóteles. Ni uno más, ni uno menos... Imaginad que la tierra fuese la pulpa de una naranja, con nueve cortezas alrededor... Ya sé que la comparación no es demasiado acertada. En una naranja, la corteza y la pulpa son de la misma materia y cualidad, mientras que la tierra y los cielos son distintos, tanto por su sustancia como por su cualidad moral... La sustancia de la tierra es opaca y corruptible. La sustancia de los cielos y de las estrellas es, en cambio, cristalina, tersa, incorruptible, eterna...
Sagredo sabe perfectamente que Galileo está repitiendo cosas en las que no cree. Hubiera querido oírle

manifestar abiertamente en el aula sus dudas y su angustia. No puede permanecer más tiempo allí. Se levanta y se marcha. Galileo lo ve salir con tristeza. Calla, apenado, un instante y dice:

GALILEO: Sin embargo, hay quien insinúa que los cielos son materiales y, por consiguiente, corruptibles como la tierra.

UN PROFESOR: ¡Pero degradar de esa manera a los cielos sería un sacrilegio!

GALILEO: Claro, claro, por supuesto. Además, esa idea destruiría de raíz todas nuestras creencias. (*Con tristeza*). Hay un muro de imposibilidad que separa a la tierra de los cielos. El hombre tiene que limitarse a mirarlos y soñar con ellos... Y sería una arrogancia querer derribar ese muro. La tierra es como una semilla podrida, dentro de nueve preciosas esferas de cristal.

9. Dormitorio de Galileo.

Galileo está quitándose, con gestos nerviosos, los ropajes académicos. Se mira al espejo con desprecio.

GALILEO: ¡Mierda!

10. Laboratorio de Galileo.

Galileo trabaja en el rudimentario catalejo, ayudado por Mazzoleni. Prueba una y otra vez con distintas lentes. ¿Qué se verá?

11. Sala de procesos de la Santa Inquisición.

Giordano Bruno ha caído ya en manos del Santo Oficio y está respondiendo ante una decena de cardenales y varios dominicos y curas.

BRUNO: Me llamo Giordano Bruno, de la ciudad de Nola, cerca de Nápoles. Soy hombre de letras y ciencias. A los quince años tomé el hábito de santo Domingo y más tarde fui promovido al sacerdocio. Vestí el hábito hasta 1570; aquel año vine a presentarme a Roma: en Nápoles fui procesado dos veces. La primera porque quité las imágenes de los santos —quería mantener sólo el crucifijo— y, después, porque dije a un

novicio que en vez de libros de vanas meditaciones, era preferible que leyese la vida de los apóstoles. Pero en Roma fui objeto de falsas acusaciones y por ello dejé el hábito y me puse a enseñar.

El comisario, un dominico de mediana edad, inicia la serie de preguntas.

COMISARIO: ¿Dónde habéis enseñado?

BRUNO: En varias universidades: Lyon, Ginebra, Toulouse, París, Maguncia, Frankfurt, Praga... Después fui llamado a Venecia por Giovanni Mocenigo. Quería que diese unas clases. Pero luego me ha acusado ante vos de muchas cosas falsas e infames.

COMISARIO: Estáis excomulgado, recordadlo. No debíais volver a Italia, sabiendo que se os buscaba... ¿O acaso queríais difundir vuestras ideas en Venecia?

BRUNO: No. Quise volver a Italia porque creí estar haciendo cosas que resultarían gratas al Papa... y para pedirle que concediese más libertad de opinión... Esperaba convencerlo para que emprendiese una labor de reforma de la Iglesia.

COMISARIO: En todos esos países de herejes, ¿habéis emitido juicios contra la fe católica?

BRUNO: Con los herejes he discutido sólo y siempre sobre cuestiones filosóficas.

COMISARIO: ¿Y no habéis pensado difundir la fe católica entre los herejes?

BRUNO: Yo no soy más que un estudioso.

COMISARIO: Os preguntamos: ¿habéis formulado alabanzas de algún hereje?

BRUNO: Sí. Pero no porque fuese hereje, sino por sus cualidades humanas.

COMISARIO: ¿Habéis leído libros de teólogos heréticos?

BRUNO: He leído obras de Lutero y Calvino, por razones de estudio.

COMISARIO: Habéis dicho en numerosas ocasiones que mientras los apóstoles convertían a las gentes gracias al amor y al ejemplo, los religiosos de hoy pretenden convertir por la coacción y la fuerza. ¿Es verdad, o no?



BRUNO: Sí, es verdad.

El público, compuesto por eclesiásticos, está indignado; se oyen murmullos y gritos.

COMISARIO: ¿Habéis dicho también que la fe católica está llena de blasfemias y que no resulta grata a Dios?!

CARDENAL BORGHESE: ¡Y habéis calumniado a los religiosos, diciendo que llevan una vida escandalosa!

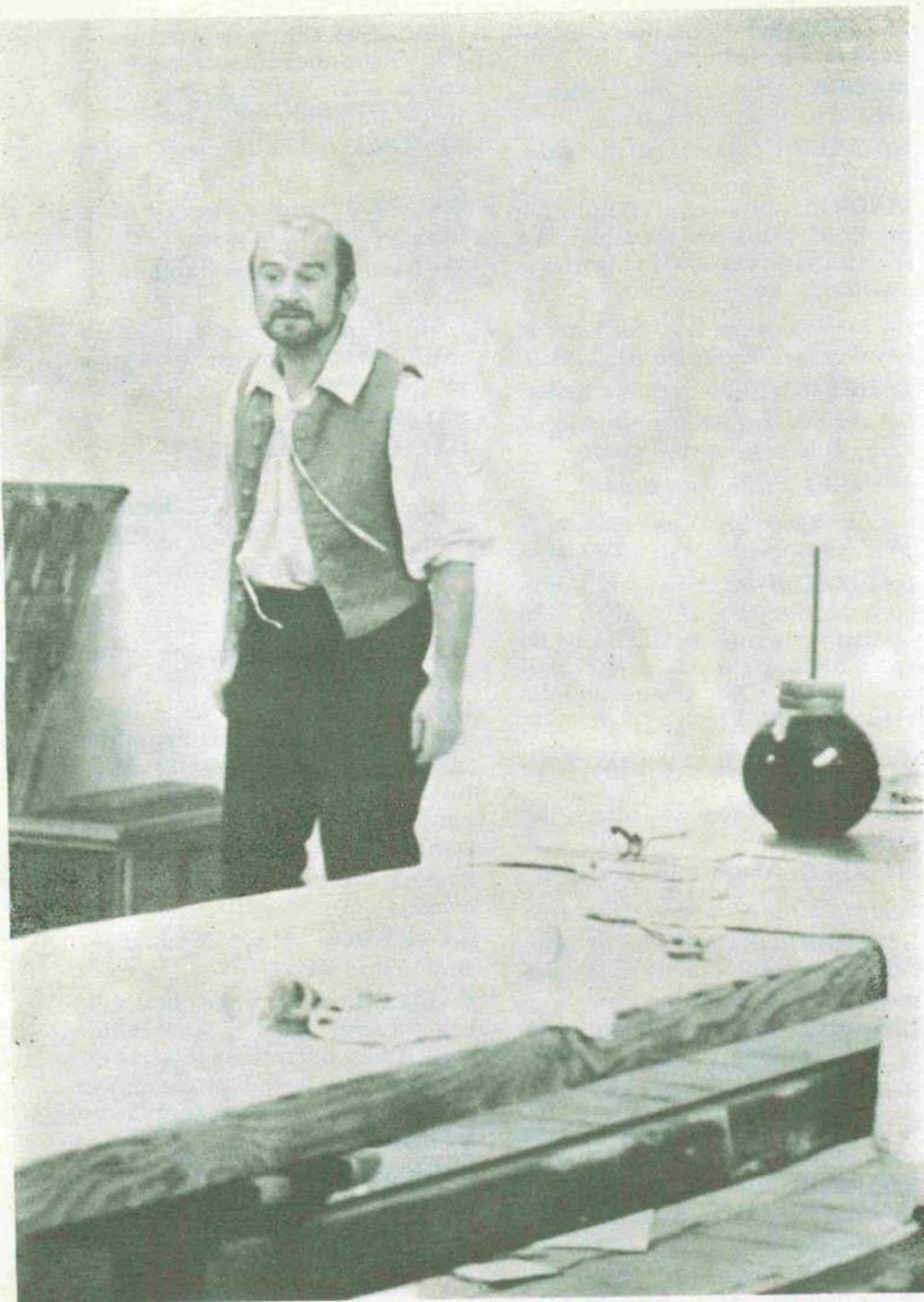
BRUNO: ¡Son calumnias y falsedades! Nunca he dicho tales cosas.

Son calumnias de quien me ha denunciado... ¡Quieren destruirme!

COMISARIO: Calmaos... Haced una confesión completa; liberaos de vuestros pecados. Este tribunal usará de toda la piedad necesaria para la salvación de vuestra alma. Responded con exactitud: ¿Habéis dicho o escrito alguna vez cosas contrarias a la fe católica?

BRUNO: Contrarias a la fe, no. Distintas, sí.

CARDENAL BELARMINO:



MARINA (a Galileo): ¡Asqueroso! ¡Embustero! ¡Tú y tu ciencia, que ni siquiera nos da para vivir!... Ahora «el profesor» se va... El gran señor no tiene familia, no puede llevarme con él...

tas... Es posible que existan también hombres, o al menos sustancias corpóreas como nosotros.

COMISARIO: Sois un visionario. Todo lo que decís es contrario a la Biblia.

BRUNO: La Biblia no es un libro científico. La Biblia expresa en lenguaje común lo que el hombre ve con sus propios ojos.

CARDENAL BELARMINO: Creéis que los hombres constituyen una especie animal y que son corruptibles como todas las criaturas materiales, ¿no es así?

En comparación con los demás religiosos presentes, el cardenal Belarmino da la impresión de ser el más sereno, pero también el más atento y perspicaz. En el caso Giordano Bruno (como ocurrirá también después, en el caso Galileo) vemos a dominicos y jesuitas enfrentados entre sí, como en constante pugna por una especie de primacía en el control de la cultura.

BRUNO: Sí... Son un pequeño fragmento del universo.

COMISARIO: ¡Estáis loco!

CARDENAL BELARMINO: Vuestras opiniones son mucho más graves que las de Lutero y Calvino. Ellos, al menos, creen en la salvación, pero vos rebajáis al hombre al nivel del animal y reducís la tierra a la categoría de un grano de arena.

BRUNO: El hombre no necesita tantas ilusiones. ¡Le basta con la razón!

CARDENAL BORGHESE: Es inútil continuar. ¡Lo que dice es absurdo!

BRUNO: No es más que la verdad.

CARDENAL BELARMINO: ¿Sólo porque lo decís vos? ¿Os creéis profeta? ¿El profeta de la nada? Reflexionad... ¿Qué es el hombre por sí solo? Aunque fuese tan sabio que llegase a saberlo todo, sin fe ¿no sería acaso un desesperado?

BRUNO: Cualquier porción del universo es parte de Dios... El

Puesto que vuestra filosofía es contraria a la de santo Tomás, ¿no creéis que es también contraria a la fe?

BRUNO: No. Para razonar no estamos de ninguna manera obligados a pensar como santo Tomás. Y esto no significa ir contra la fe.

COMISARIO: ¿Qué habéis querido decir en vuestro libro titulado «Dell'infinito universo e mondi»?

BRUNO: Expongo mis ideas sobre la naturaleza; afirmo que la

tierra es un astro igual que la luna y los demás planetas y estrellas... Es decir, sostengo que todos son de la misma materia, y que se mueven... todos, incluso la tierra.

CARDENAL BORGHESE: ¡La tierra es inmóvil! ¡Aquí abajo está la tierra y allá arriba el cielo, al que un día habrá de llegar el alma!

BRUNO: No. En todas las estrellas existen los mismos elementos que encontramos aquí en la tierra: mares, montañas, animales, plan-

hombre es parte de Dios también... La sustancia es única.

CARDENAL BORGHESE: ¡Dios y el hombre no son de la misma sustancia! El hombre es una creatura de Dios. ¿No conocéis la Biblia?

BRUNO: Mi filosofía nace de un gran amor por el universo entero. Para mí, el universo mismo es Dios.

CARDENAL BELARMINO: Si el creador no fuese distinto de la creación, la religión no tendría sentido. ¡Sois un falso profeta!

COMISARIO: ¡Sois un enemigo de Dios y de la Iglesia!

12. Laboratorio de Galileo.

Mazzoleni está colgando de la pared dos círculos de cartón: uno pequeño y después otro cuatrocientas veces mayor. Galileo acaba de unir los bordes del largo tubo al que después llamará «anteojo». Su madre, que ha venido desde Florencia para pasar unos días, está interrumpiéndole con problemas familiares.

MADRE: ¿Quieres prestarme atención?... Tu cuñado tiene en su poder una carta firmada por ti. ¡Si no acabas de pagar la dote de tu hermana, te meterá en la cárcel!

GALILEO: Ya he pagado mi parte... Ahora le toca a mi hermano.

MADRE: Tu hermano no tiene dinero.

GALILEO: Ni yo tampoco.

MADRE: ¿Es ése el interés que sientes por tu familia? ¡Sólo te preocupas de traer hijos al mundo! ¡Hijos ilegítimos, además!

GALILEO: Mazzoleni, dame la lente número cuatro. (A la madre). Ya hablaremos después... anda... vete. (Mirando por el tubo). ¡Lo he conseguido!... ¡Lo hemos conseguido!... ¡Ven, mira! (Mazzoleni va a mirar por el anteojo).

Galileo está completamente absorto en la verificación de su instrumento. Mientras, a simple vista, el tamaño de los círculos —uno pequeño y otro grande— es, lógicamente, diferente, a través del anteojo el círculo pequeño aumenta cuatrocientas veces, resultando así idéntico al otro.

MAZZOLENI: ¡Los dos círculos parecen iguales!

MADRE: ¡Haz lo que quieras, pero esto acabará mal!

GALILEO: ¿Cuándo te marchas, mamá?

MADRE: ¿Cómo que cuándo me marchó? ¿Quieres echarme? Es esa antipática de Marina la que te instiga. Lo sé, lo sé.

En ese momento llega Sagredo, el joven veneciano amigo de Galileo.

SAGREDO: ¡Buenos días a todos! La madre, enfadadísima porque nadie le hace caso, se marcha.

MADRE: ¡Sí, buenos días...!

Galileo sigue con los ojos clavados en el instrumento de su invención.

GALILEO (Para sí): ¡Es fantástico!... (A Sagredo) ¡Ah! Mira... El instrumento que me dio Sarpi no valía nada, pero éste es fantástico... ¡Mira! ¿Qué ves en aquella ventana de allá?

Señala la ventana de la casa de enfrente.

SAGREDO: Nada. Un hueco negro.

GALILEO: Ahora mira con esto. Sagredo mira a través del anteojo.

SAGREDO: ¡Rayos! Veo el interior, los muebles, un cuadro en la pared... ¿Es posible?

GALILEO: Si no te fías, ve hasta la casa y mira de cerca lo que hay.

SAGREDO: ¿Y no será sugestión?

GALILEO: ¡Ve a la casa y mira, te he dicho!

SAGREDO: Es un aparato extraordinario... El gobierno te lo pagará al precio que quieras...

GALILEO: Es posible, pero para el gobierno estoy preparando otro... que aumenta un poco menos. Este lo guardo para mí...

SAGREDO: ¿Por qué? ¿Qué más te da?

Entra de pronto Marina.

MARINA: ¡Escucha! ¡O se va tu madre o me voy yo!

GALILEO: ¿No ha dicho ya que se va?

MARINA: ¡Qué se va a ir! Eso lo dice todos los días... Pero ya se acabó. ¡Soy yo la que se va! O se larga ella o me largo yo ¿está claro?

GALILEO: Anda, déjame trabajar... Esta noche hablaremos con calma... sí, sí... Ve a desalojar la terraza; quítalo todo de allí.

MARINA: ¿La terraza? ¿Para qué?

GALILEO: Porque me va a hacer falta... Anda, date prisa...

MARINA: ¡No puedo hablar ni un momento contigo!

GALILEO (A Sagredo): Esta noche miraremos con esto a una mujer hermosa.

SAGREDO: ¿Qué?

GALILEO: Sí, ya verás.

13. Terraza de Galileo.

Galileo ha emplazado su rudimentario instrumento en la terraza de su casa, apuntando hacia la luna, y observa durante bastante tiempo. Mazzoleni y Sagredo dormitan junto a él.

GALILEO (Para sí): No es lisa... ¡No es una esfera de cristal pulido! (A Sagredo) ¡Eh, despierta! ¡Mira tú también! Puede que yo tenga los ojos cansados... ¡Mazzoleni, tú también! ¿no ves montañas?

Sagredo mira la luna a través del catalejo.

SAGREDO: ¡Hay montañas, como en la tierra!

GALILEO: Sí... y de materia, exactamente igual que en la tierra... Ahora mira hacia la parte de la izquierda, la que está todavía oscura... ¿No ves pequeños puntos luminosos?

SAGREDO: Sí, sí, sí... Veo puntitos luminosos que se alargan... ¿Qué querrá decir eso?

GALILEO: Que está saliendo el sol... ¡Mazzoleni, mira tú también! Sale sobre las cumbres de los montes, como en la tierra... y después se extiende por los valles... ¡Quizá seamos los primeros hombres que ven amanecer sobre los montes de la luna!

Mazzoleni y Sagredo miran una y otra vez, como si estuvieran asistiendo a un prodigio.

14. Sala de procesos de la Santa Inquisición.

El proceso del Santo Oficio contra Giordano Bruno ha llegado ya al momento de la sentencia.



SAGREDO: Eres un ingenuo si crees que puedes convencer a la Iglesia con tus ideas...
GALILEO: Voy a Roma... Quiero hablar con Paulo V.

COMISARIO: Os preguntamos por última vez si, por la salvación de vuestra alma, estáis dispuesto a abjurar de las ocho opiniones heréticas que hemos encontrado en vuestro libro y en las actas del proceso.

BRUNO: Lo repito: Estoy dispuesto a retractarme de todo aquello que se refiere a la fe... Pero no pienso modificar mis ideas sobre el universo.

CARDENAL BELARMINO: Esas también son heréticas, puesto que son contrarias a la Biblia.

BRUNO: Mis ideas pertenecen al ámbito de la ciencia, no al de la religión... Cada uno debe ser libre en sus propias ideas.

CARDENAL BELARMINO: Sí, siempre que éstas estén de acuerdo con la fe. La verdadera libertad consiste en corresponder adecuadamente a las enseñanzas

de la Iglesia. Fuera de ella sólo existen el caos y la perdición. Os repito mi consejo paternal: abjurad con toda humildad, y seréis acogido como penitente en el seno de la Santa Iglesia Católica.

BRUNO: Mantengo mis ideas.

COMISARIO: ¿Sabéis lo que puede sucederos?

BRUNO: Puedo imaginármelo.

COMISARIO: ¿Os arrepentiréis in extremis? ¡Salvad al menos vuestra alma!

BRUNO: No, no, no, no. Con ello sólo salvaría vuestra conciencia.

COMISARIO: ¿Qué estáis diciendo?

BRUNO: Os gustaría poder decir que la gracia de Dios me ha tocado por los méritos de vuestra fraternal insistencia, ¡gracias a vuestro fraternal patíbulo!

CARDENAL MADRUZZI: ¡Es un blasfemo! ¡Hemos hecho todo lo posible, basta ya!

CARDENAL BELARMINO: Sólo un momento más... (A Bruno) Intentad reflexionar ahora, antes de que se pronuncie la sentencia... Es muy grave...

BRUNO: Sé que sentiréis más temor al pronunciar la sentencia contra mí que yo al oírla...

El colegio de cardenales del Tribunal de la Inquisición, ante la obstinación de Bruno, procede a dar lectura a la sentencia.

CARDENAL MADRUZZI (Leyendo): Nosotros, llamados por la misericordia de Dios y de la Santa Iglesia Romana Generales Inquisidores, tras haber invocado el nombre de Nuestro Señor Jesucristo y de la gloriosísima Madre siempre Virgen María, por esta nuestra sentencia definitiva de-

timos y pronunciamos y sentenciamos y declaramos que tú, fray Giordano Bruno, eres hereje impenitente, pertinaz y obstinado y, por ello, incurso en todas las censuras eclesiásticas y en las penas de los sagrados cánones y leyes y constituciones, y como tal ordenamos que seas degradado de todas las órdenes eclesiásticas menores y mayores y expulsado de nuestra Santa e Inmaculada Iglesia, de la que te has hecho indigno, y ordenamos que seas entregado al Gobernador de Roma, aquí presente, para que recibas el castigo merecido. Además, condenamos y reprobamos todos tus libros y escritos como heréticos y erróneos, y ordenamos que sean quemados públicamente.

15. Campo de las flores.

En la plazuela romana hay mucha gente del pueblo. Bruno aparece en medio de los esbirros, rodeado de una nube de frailes. Lo atan a un gran poste, que es izado después como un enorme asador y fijado a un hueco ya preparado en tierra. Se disponen a su alrededor numerosos haces. Los curas intentan convencer a Bruno para que bese la cruz. No lo hace: «Es un trozo de madera idolatrado», había dicho durante su vida. Los guardias prenden fuego a los haces en varios puntos, hasta que se elevan grandes llamas. La gente mira en dirección al humo. De él surge un grito desgarrado que estremece a los presentes. Un niño corre asustado.

16. Terraza de Galileo.

Galileo está observando y dibujando, junto con Sagredo y Mazzoleni, las diversas posiciones de los satélites de Júpiter.

GALILEO: ¡Cielos!... Es verdad...

SAGREDO: Pero ¿no duermes nunca? ¿Temes que te roben el cielo?

GALILEO: Cuando era niño, mi madre me decía: «Mira el cielo, allá arriba»... Pero no existe un allá arriba ni un aquí abajo. Todos estamos dentro... Tengo que comprenderlo enseguida, encontrar pruebas... Lo que han hecho con Giordano Bruno no me deja conci-

liar el sueño. Si hubiésemos tenido pruebas...

SAGREDO: Es verdad...

Galileo muestra a Sagredo sus dibujos.

GALILEO: Han cambiado de sitio... Y para hacerlo tienen que girar... Me parece clarísimo... Llevo cien noches observando estos cuatro planetas; giran alrededor de Júpiter, como la luna alrededor de la tierra.

SAGREDO: Entonces; ¿Júpiter sería un mundo como la tierra?

GALILEO: Sí. Como la tierra, pero con cuatro lunas en vez de una. ¿Comprendes que si esos cuatro planetas se mueven, tiene que moverse también la tierra...?

SAGREDO: Si piensas que las características del cielo son iguales que las de la tierra, estás destruyendo todo el sistema antiguo.

GALILEO: No me importa en absoluto. Lo que me interesa, por encima de todo, es llegar hasta el final.

17. Aula de Galileo.

El aula esta llena a rebosar de estudiantes, curas, frailes y —como cosa excepcional— profesores, colegas de Galileo. La clase ha comenzado hace algún tiempo y se percibe ya un clima de gran tensión.

UN DOMINICO: ¡La luna no puede ser rugosa, porque es un cuerpo celeste y, por tanto, perfecto!

GALILEO: ¿Tenéis pruebas?

ESTUDIANTE: ¡Está escrito en nuestros libros!

OTRO ESTUDIANTE: ¡Y lo habéis dicho vos mismo!

GALILEO: Porque no tenía pruebas. Pero ahora las tengo... En el cielo no hay cuerpos perfectos o imperfectos, sino sólo cuerpos mensurables y fuerzas calculables... La división entre tierra y cielo, que nos han enseñado hasta ahora, es errónea. ¡Todo lo que vemos cuando alzamos los ojos es materia!

Se produce una especie de pandemonium, motivado por el escándalo que está provocando Galileo con sus afirmaciones.

VARIOS: ¡Es verdad! ¡Tiene que ser así!... ¡Viva Galileo!... ¡Viva la nueva ciencia!... ¡Está loco!... ¡Son sacrilegios!... ¡Blasfemias!... ¡Herejías!...

GALILEO: Tenemos que enfrentarnos con la realidad, a pesar de lo que digan los libros, los curas y los profesores... Este sistema está equivocado, os guste o no... Ven Mazzoleni, ayúdame... No debemos temer a la verdad... La tierra no está en el centro... Está aquí, y se mueve alrededor del sol.

Galileo muestra un gran mapa que representa el nuevo sistema solar, copernicano, con el sol en el centro.

UN DOMINICO: ¡Eso es una herejía! ¡Estáis loco!

GALILEO: Hasta ahora hemos caminado en la oscuridad de una ciencia esclava y servil... ¡Habéis inventado un cielo a vuestro capricho... lleno de angelitos! ¡Pero no es así!

DOMINICOS: ¡Renegáis de Dios! ¡Estáis blasfemando! ¡Expulsáis a Dios del cielo! ¿Dónde lo colocáis?

GALILEO: Donde ha estado siempre: dentro de nosotros. ¡En el universo no hay ni santos, ni ángeles, ni almas de difuntos!

VOCES: ¡Qué escándalo! ¡Herejía!

18. Terraza de Galileo.

Una noche helada. Galileo, Sagredo y Mazzoleni, turnándose, miran la vía láctea a través del anteojo.

MAZZOLENI: Parece un hormiguero de estrellas.

SAGREDO: ¿No estaremos un poco trastornados?

GALILEO: Llevo horas intentando contarlas, pero no lo consigo... Mazzoleni, léeme una cosa de Aristóteles... página 122, creo... Lee el párrafo que está subrayado...

MAZZOLENI: «El universo es limitado en el espacio, y está contenido dentro de una esfera».

GALILEO: No. El límite lo ponen nuestros ojos... ¿Quién sabe cómo será de grande el universo?... Si estas lentes tuviesen un millón de aumentos, ¿qué veríamos? ¿Podrían verse aún más estrellas?... Quizás existan otros soles, otros

mundos... Como decía Giordano Bruno... Ha llegado el momento de hablar con claridad a todo el mundo.

SAGREDO: Ten cuidado. He oído decir que el rector está muy preocupado. Quiere suspender tus clases...

GALILEO: Entonces enseñaré en la calle... Quiero que todos miren con este aparato. Que se convenzan.

19. Plaza veneciana.

Es de noche. En la plaza hay profesores, estudiantes y clérigos de todas clases.

CREMONINI: Las estrellas del universo son mil veintisiete. Ni una más.

GALILEO: ¿Las habéis contado alguna vez? Yo he apuntado con mi anteojo y he visto cuatro planetas, de los que nadie había oído hablar hasta ahora, pero que existen, con vuestro permiso... Si tenéis la bondad de mirar...

CREMONINI: Hay una imposibilidad lógico - metafísica que impide la existencia de esos planetas...

GALILEO: Mirad con vuestros propios ojos...

CREMONINI: ¡Yo no veo nada! Se me nubla la vista, y nada más.

GALILEO: No veis porque no queréis ver... Y yo no puedo hacer que esos planetas bajen aquí, a esta plaza... Pero aunque lo hiciese no creeríais ¡porque hay una imposibilidad lógico - metafísica! Sin duda, Dios debió haber leído vuestros libros antes de crear el mundo.

DOMINICO: ¿Qué querríais, pues? ¿Que mirase él también a través de vuestro cacharro?

GALILEO: Este cacharro, como vos decís, nos ofrece las pruebas.

DOMINICO: ¡Todas vuestras pruebas son puras fantasías!

GALILEO: ¡Pero intentad mirar! ¡No es el diablo!... ¿Qué teméis? ¿Es posible que nadie quiera mirar?

UN PROFESOR: ¡Todo esto es una farsa y estamos haciendo el ridículo por vuestra culpa!

Galileo, en el colmo del furor y el

desaliento, coge un perrillo que merodeaba por la plaza y le mete el hocico en el catalejo.

GALILEO: ¡Que no se diga que ni siquiera un perro quiso mirar con mi aparato!

Diciendo esto, abandona la plaza sin saludar a nadie. Los profesores lo miran compasivamente.

20. Laboratorio de Galileo.

¿Que le ocurre a Marina, enfurecida hasta el punto de tirar al suelo todo lo que encuentra a su alcance: mapas, instrumentos y libros, ante la consternación de Galileo, que intenta poner a salvo sus cosas?

MARINA: ¡Asqueroso! ¡Embustero! ¡Tú y tu ciencia, que ni siquiera nos da para vivir!... Ahora «el profesor» se va... El gran señor no tiene familia, no puede llevarme con él: «¡Marina, compréndeme!». ¿Qué tengo que comprender? ¡Se marcha! ¡Qué cómodo, ¿no?!

Galileo trata de calmarla con promesas.

GALILEO: Pero ya te lo he dicho: te encontraré un marido..., pagaré la dote... Un marido que te convenga...

MARINA: ¡Qué sinvergüenza! ¡Ahora vas a buscarme marido! ¡Qué valor tienes! ¡Qué cara más dura! Pero ¿quién te has creído que eres?...

Sigue destrozando todo lo que encuentra, mientras Galileo intenta tranquilizarla. El estaba haciendo ya las maletas...

GALILEO: Te pagaré la dote. Mil escudos... ¿Sabes lo que puedes hacer con mil escudos? ¡Encontrarás diez maridos!

MARINA: ¿De dónde piensas sacarlos? ¿Me los darás a plazos? ¡Ya comprendo! ¡Pero no quiero ninguno! ¡Y menos a ti! ¡Estoy harta! ¡Quiero desahogarme, por lo menos!

Sagredo está divirtiéndose de lo lindo.

SAGREDO: ¡La señora Marina tiene razón!

MARINA: ¡Qué señora Marina ni qué...! ¿Quieres tomarme el pelo, encima? ¡Vaya cómplice! ¡Buena pareja hacéis los dos!

GALILEO: Tienes razón, Marina, de verdad... Te lo he dicho: puedes contar conmigo siempre...

MARINA: ¿Qué tengo que hacer? ¿Darte las gracias? ¿Creerme todas las mentiras que dices? ¡Está bien, lárgate, es mejor!

SAGREDO: «Lo que por amor se toma, con rabia se abandona».

MARINA: ¡Calla de una vez, con tus malditos refranes!

La mujer rompe ahora a llorar, y Galileo no sabe qué actitud adoptar.

GALILEO: Oyeme, Marina, por favor... No puedes venir conmigo... Ni siquiera sé adónde voy... Ya hemos hablado de eso. Yo me encargo de los niños y tú te las arreglarás bien, ya verás...

MARINA: ¡Vete y déjame en paz!

SAGREDO: ¿Sigues decidido a volver a Toscana?... ¿Y los niños?...

GALILEO: Se los llevaré a mi madre...

SAGREDO: Temo por ti... Aquí no te molestaría la Inquisición, pero en Florencia será distinto...

GALILEO: Todos los lugares son iguales. Por lo menos, en Florencia el gran duque es amigo mío.

SAGREDO: Pero eres un ingenuo si crees que puedes convencer a la Iglesia con tus ideas...

GALILEO: Voy a Roma... Quiero hablar con Paulo V.

21. Parque de un palacio romano.

Amplísimo parque del palacio del cardenal Borghese. Algunos hombres, cubiertos con capuchas negras, arrastran un enorme catafalco con un gran fantoche encima, que representa a una mjer feísima, con un cartel colgado del cuello: «Muera la herejía»... Los encapuchados prenden fuego al muñeco, y los asistentes (principes, cardenales y otros personajes por el estilo), excitadísimos, empiezan a tirar verduras (traídas al efecto por los sirvientes) contra el fantoche en llamas, gritando:

CARDENALES Y PRINCIPES: ¡Viva el Papa! ¡Viva la Iglesia Católica! ¡Muerte a los herejes!

Galileo contempla la escena lige-

URBANO VIII: ¡Que lo sepa el mundo! La Iglesia contempla a los estudiosos y a los artistas con profundísima estima y con deseos de acoger sus experiencias, de tutelar su libertad y de engrandecer gozosamente la expansión de su espíritu atormentado...

ramente apartado. Con él está el embajador de Toscana.

Por otro extremo del parque aparece en esos momentos una multitud de hombres del pueblo, convocados para completar la fiesta. Príncipes y cardenales se dirigen hacia la nueva diversión.

TAMBORIL POPULAR: ¡El juego de la piñata! ¡Quien rompa la piñata, encontrará oro y plata!

Algunos individuos, con los ojos vendados y provistos de largos bastones, intentan golpear el puchero. Los cardenales y príncipes participan como espectadores.

VOCES DE NOBLES Y PRELADOS: ¡Hala!... ¡Aquellos son los de Testaccio! ¡Hala, Testaccio!... ¡Adelante, Trastevere!... ¡Me gusta el contacto con el pueblo!... Je suis tout à fait d'accord, j'aime ça aussi!... Look at that big boy at the right hand side!... *(Con acento francés)* Sinite parvulos venire ad me!...

VOCES DEL PUEBLO: ¡Hala Rómulo! ¡Qué cantidad de gente!... ¡Eh, tú, ten cuidado! ¡Me has dado un porrazo en la cabeza!... *Galileo se mantiene alejado: el juego de ese pueblo envilecido, que se rompe la cabeza para divertir a nobles y cardenales, le produce un profundo malestar. Un dominico traba conversación con él: se entabla una violenta discusión. El embajador observa desde lejos, preocupado.*

EMBAJADOR: ¿Lo veis? Galileo juega con fuego.

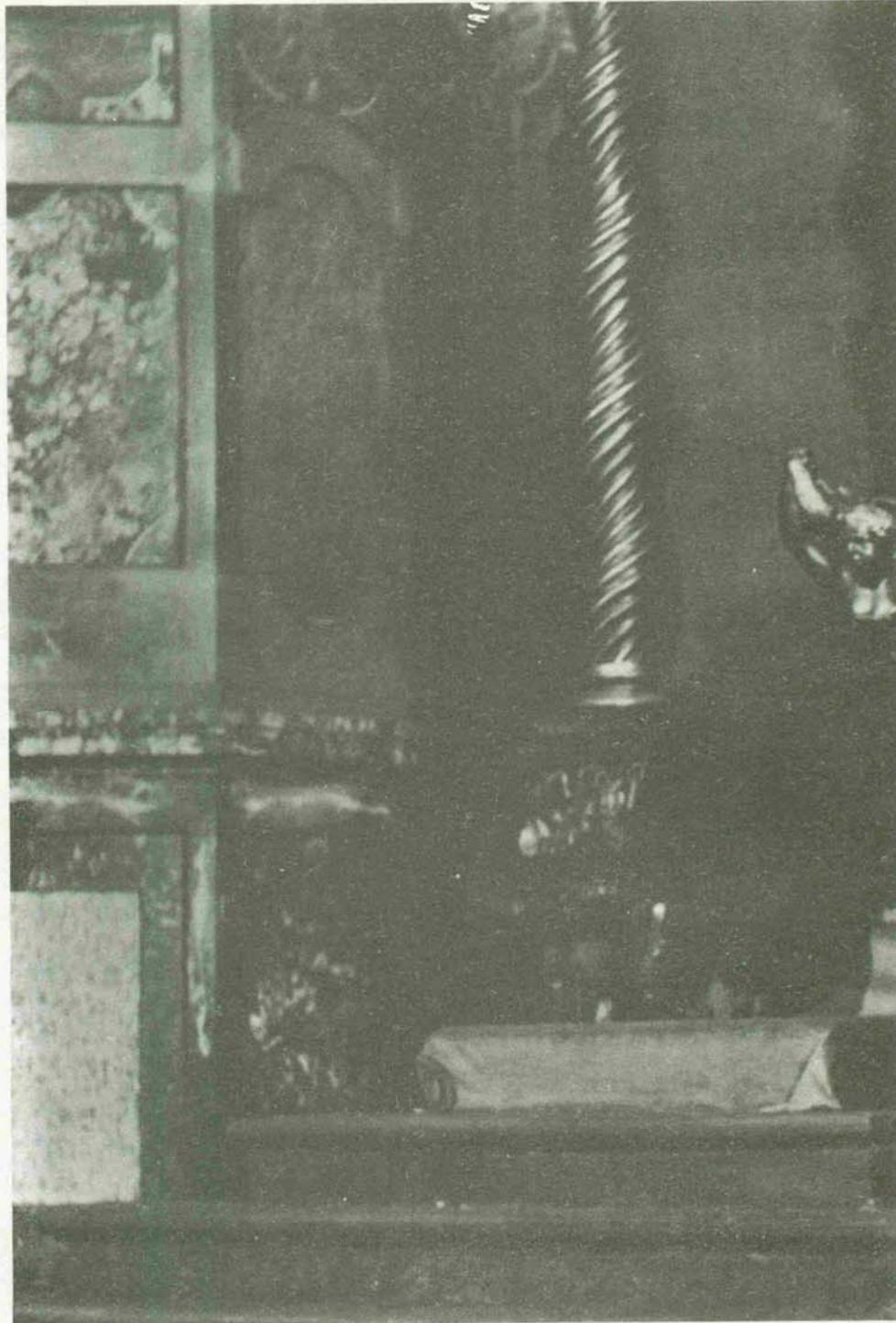
SEÑOR: Si los jesuitas lo protegen, no tiene nada que temer...

EMBAJADOR: Sí. Pero, precisamente por eso, se ganará la enemistad de los dominicos...

Galileo está, efectivamente, discutiendo con el dominico.

DOMINICO: ¡La verdad se descubre con la oración, no con ese antejo vuestro!

GALILEO: Es un instrumento, como la azada o la rueda; sirve



para facilitar el trabajo ¿entendéis?

DOMINICO: Pero la azada y la rueda no son peligrosas; vos, en cambio, queréis turbar los espíritus...

GALILEO: Sólo pretendo despertarlos...

DOMINICO: Con semejante presunción perdéis el alma.

GALILEO: ¡Y vos la aplastáis, durmiéndoos encima!

Galileo deja plantado al dominico y se acerca al embajador.

EMBAJADOR: ¿Habéis discutido?

GALILEO: No demasiado.

EMBAJADOR: Os aconsejo... Dentro de dos días seréis presentado al Papa. Mostraos prudente hoy con el cardenal Belarmino.

GALILEO: ¿Quién es?

EMBAJADOR: Un Gran Inquisidor.



GALILEO: ¡Ah!

EMBAJADOR: El más intransigente de todos.

22. Colina romana.

En presencia del clero romano (están también los cardenales Maffeo Barberini y Belarmino, el padre Clavio, jesuita, y el embajador de Toscana), Galileo habla con profunda convicción; el catalajo, sensiblemente perfeccionado, está junto a él, sobre un caballo.

GALILEO: Y cuando vi que el planeta Venus se movía alrededor del sol, me pregunté: ¿Cómo es posible que sólo la tierra permanezca inmóvil?

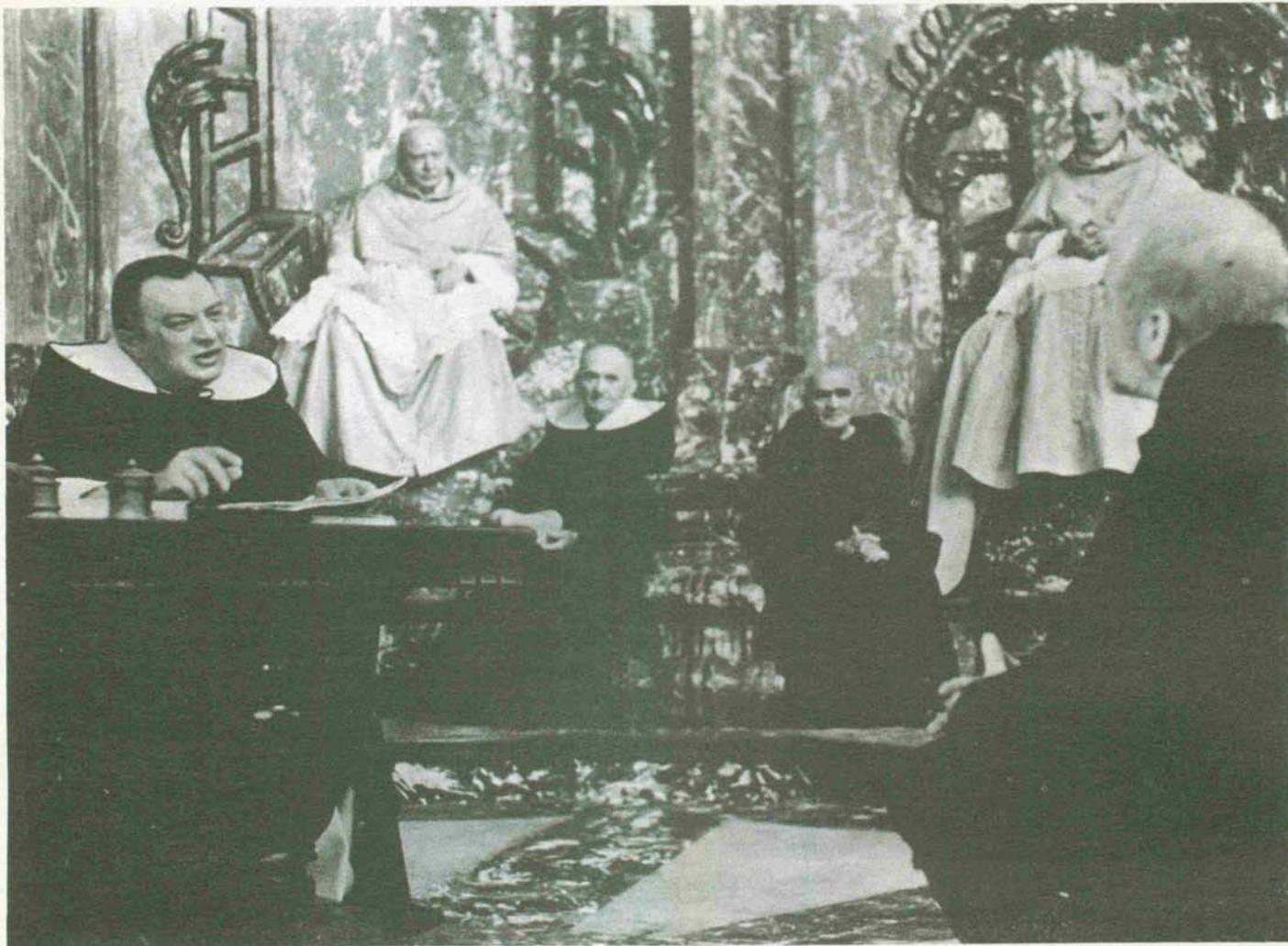
El sol se mueve también, sobre sí mismo. Durante quince meses he recogido pruebas válidas e irrefutables.

Belarmino, sin dar la impresión de oponerse categóricamente, formula su primera objeción bien calculada.

CARDENAL BELARMINO: La palabra de Dios constituye una demostración mucho más válida... Vuestras ideas están en contradicción con la Biblia.

GALILEO: Eminencia... Dios se revela, ciertamente, a través de la Biblia, pero yo pienso que también lo hace a través de la naturaleza.

CARDENAL BELARMINO: El Espíritu Santo, que ha inspirado



COMISARIO: En 1616 fue condenada la teoría del movimiento de la tierra, ¿no os enterásteis?
GALILEO: El cardenal Belarmino no me dijo que fuese obligatorio observarlo...

la Escritura, no puede haber cometido errores.

GALILEO: No. Desde luego que no... Pero los profetas que redactaron la Biblia se adaptaron a los conocimientos científicos que poseían sus contemporáneos...

PADRE SCHEINER, JESUITA: ¡El Espíritu santo no puede equivocarse!

PADRE CLAVIO, JESUITA: Quizás al cardenal Belarmino le ha pasado inadvertida la distinción que establece el señor Galilei. El distingue en la Biblia dos lenguajes: uno inmutable, que pertenece a la fe, y otro que se modifica con los tiempos, porque pertenece a la ciencia.

GALILEO: Sí, gracias. Exacto... Eso es precisamente lo que pienso.

CARDENAL BELARMINO: Se

diría que tenéis algo que enseñar a la Iglesia, ¿no es así?

GALILEO: Tengo una opinión.

CARDENAL BELARMINO: Exponedla, exponedla, pues...

GALILEO: Eminencia... Creo que, al explicar la Biblia, la Iglesia no debería permanecer atada a las ideas del pasado, sino utilizar en cada época las ideas nuevas.

PADRE SCHEINER: ¡Los libros de santo Tomás enseñan a explicar el sentido de la Biblia!

El joven cardenal Maffeo Barberini toma partido por Galileo.

CARDENAL BARBERINI: Bueno, bueno..., pero, en el fondo, santo Tomás no era más que un hombre. ¿Es posible que ningún otro pueda proponer una nueva visión del mundo? Reflexionemos sobre lo que se ve con este anteojo...

Al decir esto, Barberini se acerca al catalejo, y otros prelados le imitan. Belarmino se aleja un poco, con el padre Clavio.

CARDENAL BELARMINO: ¿Aprobáis los matemáticos del Colegio Romano las opiniones de este Galilei? ¿No habéis pensado que puedan ser peligrosas?

PADRE CLAVIO: No se puede negar la validez de ciertos descubrimientos... Ciertamente, es doloroso abandonar ideas antiguas... Pero la ciencia se renueva con el tiempo...

CARDENAL BELARMINO: La sabiduría de los padres y de los santos, que nos enseña a humillarnos, es mucho más importante que la llamada ciencia... Estoy preocupado; ya sabéis cómo soy. Como medida de prudencia, he consultado a los teólogos de la Santa Inquisición... Nos aten-

dremos a lo que respondan. Las palabras de Galilei sobre la Biblia son las mismas que oí a Giordano Bruno..

23. Quirinal.

Gran salón de mármol. Tumbas de mármol en las paredes. Mármoles oscuros. El papa Paulo V, con vestiduras de oro, camina en un sentido y en otro, entre los cardenales Belarmino y Del Monte; habla siempre caminando a causa de la digestión. En este momento está mostrando una carta a los dos cardenales.

PAULO V: Es conmovedora. Leedla... Es una carta del último hereje que hemos tenido que enviar a la hoguera. Me hace llorar como un niño... El pobrecillo se ha reconciliado con Dios justamente antes de su muerte y ha querido escribir estas líneas... Nos da las gracias... Si su alma se salva, lo deberá sólo a la Madre Iglesia...

CARDENAL BELARMINO: Las penas corporales abren el camino a la gracia...

CARDENAL DEL MONTE: Quién sabe si merecía morir... Sabéis que los protestantes nos acusan de violencia.

CARDENAL BELARMINO: No es violencia, es sacrosanta defensa contra los enemigos de la Iglesia. Si es justo excomulgar a los herejes, todavía lo es más condenarlos a muerte. La excomunión es una pena mucho más grave que la muerte.

CARDENAL DEL MONTE: Pero los protestantes nos arguyen con el evangelio: ¡No devolver a nadie mal por mal!...

PAULO V: ¡Sólo la Iglesia sabe leer el evangelio!

CARDENAL BELARMINO: Sólo la Iglesia sabe distinguir en el evangelio los mandatos de los consejos... ¡Cuándo se trata de aplastar a un enemigo no podemos ofrecer la otra mejilla!

CARDENAL DEL MONTE: Se podría objetar que toda violencia es contraria a la caridad cristiana...

PAULO V: ¿Querriais ver acaso una Iglesia débil y derrotada?

CARDENAL BELARMINO: Hay

guerras necesarias, santas. Como la incisión de un cirujano...

CARDENAL DEL MONTE: Pero en el evangelio está escrito: Os envió como corderos en medio de lobos... ¿Creemos que los corderos deben morder a los lobos?

CARDENAL BELARMINO: ¿No es lícito que un estado defienda a sus ciudadanos de los enemigos, dando muerte a éstos?

CARDENAL DEL MONTE: Pero la Iglesia no es un estado; la Iglesia es, ante todo, un poder espiritual...

PAULO V: Poder temporal y poder espiritual son una misma cosa...

Un prelado doméstico entra de puntillas en el salón y va a arrodillarse ante el Papa para anunciarle:

PRELADO DOMESTICO: Las audiencias, Santidad...

PAULO V: ¿Quiénes son...?

PRELADO DOMESTICO: El cardenal Barberini y el señor Galilei...

PAULO V: Haced que pasen... Me han hablado muy bien de este Galilei, pero no recuerdo a propósito de qué...

CARDENAL DEL MONTE: De ciertos descubrimientos astronómicos... sobre la luna.

PAULO V: ¿La luna? ¿Qué pasa con la luna? ¡Ah! Ya recuerdo...

Entra el cardenal Maffeo Barberini con Galileo.

BARBERINI: He aquí un hombre devoto, que honra no sólo a Toscana, sino a toda la Santa Iglesia...

El Papa no permite que Galileo le bese la zapatilla.

PAULO V: Alzaos, hijo mío... Sentimos un gran respeto por vuestros méritos y damos gracias a la Providencia, que ha concedido a un católico la primacía de los descubrimientos astronómicos...

Ante tan cordial acogida, Galileo se decide a hablar de sus problemas..

GALILEO: Quisiera someter a la consideración de Vuestra Santidad mis problemas...

El Papa no presta atención alguna a las palabras de Galileo y continúa su parlamento en tono suave.

PAULO V: Escrutad, escrutad el cielo y ofreced a la Santa Iglesia

vuestros hermosos descubrimientos. Ella se siente orgullosa de tener un hijo como vos...

GALILEO: Estoy profundamente conmovido... y agradecido a Vuestra Santidad... Pero existen ciertas dificultades que desearía someter a vuestra consideración, si se me permite...

PAULO V: Sin embargo, dejad que, como un padre a su hijo, os aconseje que vigiléis para que la soberbia, madre de todos los males, no entre jamás en vuestro espíritu. Cuando un hombre asciende a una cumbre y se eleva sobre los demás, está más expuesto a las tentaciones. Y, como sabéis, llega a olvidar que la virtud más eminente del cristiano es la humilde sumisión... Vigilad, hijo mío, vigilad...

Galileo, dos veces interrumpido, comprende que no es posible entablar un diálogo y escucha al Papa con profunda amargura.

24. Jardines del Quirinal.

Un amplio y bellissimo jardín de estilo italiano. El cardenal Barberini y Galileo acaban de salir de la audiencia pontificia y están charlando:

GALILEO: Quería hablarle al Papa de esos frailes que me calumnian...

CARDENAL BARBERINI: No os preocupéis. Es importantísimo para vos que os haya recibido sin hacer la antesala habitual. Y, además ni siquiera ha permitido que le beséis la zapatilla. ¡Es todo un privilegio!...

GALILEO: Sí, de acuerdo, pero... no sé si comprende la urgencia del problema... ¡Yo pensaba que quizás hiciese falta un concilio!

CARDENAL BARBERINI: ¡Calmaos! La Iglesia no precipita jamás las cosas, pero ya llegará también vuestro momento... Entretanto, os aconsejaríamos prudencia... No habléis demasiado. Pero tened confianza. En mí encontraréis siempre un amigo.

25. Estancias de Belarmino.

Habitaciones de mármol, con las paredes decoradas con motivos funerarios. Una capilla con altares de

mármoles preciosos y una gran cruz. Un lecho a ras del suelo. Belarmino está meditando. Una meditación agitada y turbulenta. Está de rodillas ante el altar, después pasea, vuelve a arrodillarse. Los acontecimientos mundanos de la Iglesia le impiden realizar una meditación tranquila y, sobre todo, le impiden tener confianza en Dios y penetrar a fondo en la esencia de la fe.

CARDENAL BELARMINO (Voz interior): Te ofrezco, Señor mío, Dios omnipotente, esta meditación mía sobre el misterio de la cruz... Deseo amar a Dios por sí mismo y sin ningún pensamiento mío... La Iglesia tiene muchos enemigos... ¿Qué libertad religiosa? Es nociva. Cuando falta la obediencia a Dios, falta también la obediencia al príncipe... Es el caos. Hay que vigilar sin tregua... Estoy cansado... Primero Copérnico, después Giordano Bruno. Ahora Galilei... ¡Los doctores de la Iglesia no pueden equivocarse! ¿Y si los astrónomos tuviesen razón? Quizás nos da miedo la ciencia porque nos asusta lo desconocido, porque tememos que desaparezca el misterio... No, no. Es auténtica prudencia. La verdad parte de la Iglesia hacia el mundo, no puede ser al revés... Mi meditación sobre la cruz está siendo un fracaso... Dios mío, os ofrezco mis preocupaciones sobre vuestra esposa, la Iglesia... El Papa sigue enriqueciendo al cardenal Borghese... ¡Basta! ¡Qué difícil es concentrarse en Dios, olvidando los asuntos mundanos...! El Papa da mal ejemplo, queriendo enriquecer a sus familiares. Debo advertírselo... ¡Otra vez! No consigo concentrarme. Mi meditación naufraga de nuevo... Humildad. Necesito humildad. Caigo siempre en negligencia y en imperfecciones. Me hace falta más humildad... Meditar sobre la cruz...
Belarmino, de bruces en el suelo, se arrastra de nuevo hacia el altar: Quizá debería haber vivido en un desierto. Quizá fuera ese mi puesto... Viviendo como un eremita, alimentándome de langostas y raíces, en continua oración, alejado del mundo... Soy un gran pecador... Señor, dame los medios necesarios para vencer a tus enemigos...

26. Estancias de Belarmino.

Habitación-capilla privada de Belarmino. En presencia de dos teólogos jesuitas, el cardenal recibe a Galileo.

CARDENAL BELARMINO: Os he hecho llamar porque estoy seguro de que os será útil conocer la opinión de los teólogos sobre la hipótesis del movimiento de la tierra... Oíd vos mismo sus conclusiones...

JESUITA (Leyendo): La teoría copernicana es filosóficamente absurda, formalmente herética y errónea desde el punto de vista de la fe.

GALILEO: ¿Cómo puede ser absurda si es verdadera?

CARDENAL BELARMINO: Vuestra pregunta está mal planteada. Sois vos quien dice que tal teoría es verdadera. Los teólogos dicen que no lo es.

GALILEO: Pueden equivocarse.

CARDENAL BELARMINO: ¡Los teólogos interpretan la palabra de Dios!

GALILEO: Dios no les ha regalado el cerebro exclusivamente a ellos.

CARDENAL BELARMINO: ¡Pero hace falta prudencia!

Belarmino se alarma ante las respuestas de Galileo.

GALILEO: En el evangelio se habla más de verdad que de prudencia.

Belarmino pulsa ahora ciertos resortes precisos.

CARDENAL BELARMINO: Pensad en Giordano Bruno... Hacedme caso; es mejor para vos que el error sea corregido a tiempo... Así aprenderéis a dominaros... El cardenal Barberini me decía que sois un hombre de gran prudencia.

Galileo capta la amenaza larvada que late tras las «suaves» palabras de Belarmino.

27. Campiña toscana.

La dulce campiña de Arcetri. Galileo pasea con su hija, la jovencísima sor Celeste. Ella se muestra

serena, mientras él ofrece un aspecto preocupado.

SOR CELESTE: Estoy tan contenta de que vivas aquí, cerca de Florencia... Es tan hermoso... ¿Sabes que todas las hermanas me envidian por tener un padre como tú? Célebre... bueno...

GALILEO: Un poco incómodo.

SOR CELESTE: ¿Por qué?

GALILEO: Por nada... Dentro de dos días iré a Roma.

SOR CELESTE: ¿Vas a ver otra vez al Papa? Me habías dicho que era amigo tuyo...

GALILEO: Sí, pero entonces era sólo cardenal.

SOR CELESTE: Pareces preocupado. Te conozco bien... ¿Qué tienes?

GALILEO: Voy a llevarle mi libro al Papa, para que lo apruebe, pero...

SOR CELESTE: Lo aprobará; y si él te da la razón, te la darán todos, ya verás.

GALILEO: Tengo enemigos en Roma.

SOR CELESTE: Cuéntame...

GALILEO: No es nada. No te preocupes...

28. Casa de Arcetri. Interior.

La casa de Galileo en Arcetri: rústica, con una gran mesa en el centro y muy luminosa. Galileo está organizando las piezas de un pequeño aparato de reciente invención. Sor Celeste hace la limpieza.

GALILEO: Ven aquí, dime... ¿Has visto alguna vez la cabeza de una pulga? Mira por aquí...

SOR CELESTE: ¡Oh! ¡Parece el hocico de un ratón!...

El nuevo instrumento de Galileo es un microscopio.

GALILEO: Sí.

SOR CELESTE: ¿Qué es? ¿Lo has construido tú?

GALILEO: Sí.

SOR CELESTE: ¿Y cómo van los demás descubrimientos?

GALILEO: ¿Qué descubrimientos?

SOR CELESTE: Las estrellas...

GALILEO: Sigo trabajando.

SOR CELESTE: ¿Por qué no me lo explicas?

GALILEO: Es difícil... Mira qué librote. Lo he titulado «Dialogo dei massimi sistemi»...

Sor Celeste lo hojea.

SOR CELESTE: Dedicado al nuevo Papa.

GALILEO: Sí, precisamente...

29. Quirinal.

Salón pontificio, que ya hemos visto antes. El nuevo Papa, Urbano VIII (ex-cardenal Maffeo Barberini), revestido de oro y sentado en el trono. Galileo, arrodillado ante él, le besa la zapatilla. Urbano VIII lo mira complacido.

URBANO VIII: ¡Salud, hermano amadísimo en Cristo! Os hemos llamado inmediatamente después

de nuestra erección a la cátedra de San Pedro para complacernos paternalmente con vuestros méritos, que están siempre presentes en nuestro corazón... Alzaos, hijo mío, alzaos. Ved aquí al siervo de los siervos de Dios, aunque cargado con las altísimas llaves de San Pedro.

Galileo ha vuelto al pie del trono pontificio y desde allí escucha las palabras del Papa, buscando en vano el modo de hacer oír sus opiniones. Intenta, también inútilmente, encontrar de nuevo al viejo «amigo». En su lugar halla, por el momento, un «protector», tratado además con excesiva deferencia. La investidura pontificia ha elevado a Maffeo Barberini —que es perfectamente consciente de ello y lo acepta incluso con placer— al Olimpo de los mayores potentados de la tierra. Y su trono es aún más alto que todos los demás, puesto

que representa directamente a Dios (considerado en términos de «poder»). En consonancia con ello, el Papa Urbano VIII utiliza un lenguaje rebuscado, solemne, grandilocuente, alejado por completo del habla común.

URBANO VIII: Nos parece llegada la hora de emprender una profunda renovación en la Iglesia de Cristo, aun dentro del respeto reverencial a la autorizadísima enseñanza de la tradición y en la más absoluta docilidad a la iluminación del Espíritu Santo... Nos creemos que la Iglesia ha recibido la misión de vigilar los ingenios, pero no el derecho de paralizarlos...

GALILEO: Ciertamente... La libertad es condición imprescindible para poder expresar...

URBANO VIII (Interrumpiéndole): Vos sois nuestro gratísimo huésped y, creednos, nuestro co-



GALILEO (en off): Creía que se podría discutir... En los procesos, los acusados pueden defenderse.
CARDENAL GINETTI: ¡Sólo la Iglesia es depositaria de la verdad! ¡Ponéis en duda la autoridad de la Iglesia!

razón exulta de paternal júbilo, ya que Nos esperamos de vos grandes cosas...

GALILEO: He terminado ya un libro que quisiera...

URBANO VIII (*Sin prestarle atención*): Será para Nos motivo de inefable consolación y de dulcísima esperanza poder mostrar al mundo que sólo los católicos saben afrontar los problemas que plantean los nuevos tiempos...

GALILEO: Precisamente mi libro está dedicado a Vos... La ciencia es una gran...

URBANO VIII (*Interrumpiéndole*): ¡Que lo sepa el mundo! La Iglesia contempla a los estudiosos y a los artistas con profundísima estima y con deseos de acoger sus experiencias, de tutelar su libertad y de engrandecer gozosamente, en las esferas luminosas de la palabra y de la gracia divinas, la expansión de su espíritu atormentado...

Galileo mira estupefacto a ese Papa, ex-amigo, que habla ahora en un lenguaje retorcido y casi demencial.

30. Quirinal.

El Papa se muerde las uñas. Tres cardenales, entre los que sobresale Borgia, están planteándole graves objeciones. Urbano VIII pasea con nerviosismo, acosado por el cardenal Borgia.

CARDENAL BORGIA: En su libro, Galileo se burla de la Santa Iglesia y ridiculiza al Sumo Pontífice.

URBANO VIII: ¡No, no! ¡Os equivocáis!

CARDENAL BORGIA: Pero si todos los argumentos de la Iglesia aparecen en boca de un personaje ridículo... Galilei juega con la Iglesia como el gato con el ratón: primero la deja hablar y después, ¡zas!, la aniquila, la destruye, la ridiculiza con páginas y más páginas de objeciones... ¡Así nos pone en ridículo a nosotros... y a Vos!

URBANO VIII: Nos queríamos que el libro demostrase lo siguiente: la ciencia discute y formula hipótesis, pero la última palabra le corresponde a la Iglesia.

CARDENAL CENTINO: Todo eso está en el libro, pero dicho por Simplicio: ¡Un personaje ridículo!

CARDENAL GINETTI: Y el libro está editado, además, con el imprimatur del maestro del Sacro Palacio. ¡Y con una solemne dedicatoria a Vuestra Beatitud!

CARDENAL CENTINO: El mundo pensará que la Iglesia ha traicionado todos sus principios.

URBANO VIII: ¿Cómo habéis podido conceder nuestro imprimatur?

PADRE RICCARDI: Leí el libro desde la primera página hasta la última y sugerí ciertas modificaciones... A decir verdad, no me habría decidido a dar el imprimatur, pero vuestro secretariado...

MONSEÑOR CIAMPOLI: No hay absolutamente nada irreverente en el libro. Me parece que coincide con el programa de renovación de Vuestra Santidad...

URBANO VIII: ¡Dejad en paz nuestro programa de renovación y decidme ante todo si es verdad que en el libro se ridiculiza nuestra persona!

MONSEÑOR CIAMPOLI: ¡No es verdad! ¡De ninguna manera!

URBANO VIII: Siempre hemos sido comprensivos para con los

artistas y los científicos... Galilei es un científico serio, merece nuestra estima... ¡No lo calumniéis!

CARDENAL GINETTI: Vuestra Beatitud es demasiado tolerante y Galilei se aprovecha de ello. ¡Este Galilei es más peligroso que Lutero!

MONSEÑOR CIAMPOLI: ¡Qué exageración!

CARDENAL BORGIA: La peste herética empieza a difundirse también aquí dentro.

URBANO VIII: Cardenal Borgia, ¡os prohibo que insinuéis una sospecha de ese tipo!

El Papa, fuera de sí, va hacia el trono y se atrinchera en él.

CARDENAL BORGIA: Pero todavía estamos a tiempo de decir a Vuestra Santidad cómo están las cosas. Vuestro pontificado se muestra demasiado débil con los herejes... Galilei es sólo la gota que...

URBANO VIII: ¡Cardenal Borgia!

CARDENAL BORGIA: La catolicísima España no está dispuesta a tolerar durante más tiempo vuestra política.

URBANO VIII: ¡Nos no tenemos las llaves de San Pedro para obedecer las órdenes del rey de España!



COMISARIO: Galilei, limitáos a responder a lo que se os ha preguntado.
CARDENAL GINETTI (en off): ¿Creéis que un buen católico discutiría las palabras de la Iglesia? Debéis hacer una buena confesión...

CARDENAL BORGIA: Vos no podéis ignorar que el ejército es pañol, con sus victorias, está restaurando el catolicismo en todas partes y aniquilando a los protestantes. La guerra de España es una guerra misionera... Mientras tanto, Vuestra Santidad apoya a los franceses, pretendiendo ignorar que son aliados de los protestantes.

URBANO VIII: ¡España no está haciendo una guerra de religión!

CARDENAL BORGIA: En una palabra: Como príncipe de la Iglesia, pero sobre todo como embajador de la catolicísima España, es mi deber advertiros...

URBANO VIII: ¡Lo único que pretendéis es que el Papa se doblegue a la voluntad del rey de España!

CARDENAL BORGIA: Los daños que vuestra política pueda causar al catolicismo... recaerán sobre vuestra persona.

URBANO VIII: ¡Basta! Os aprovecháis de la inmunidad para ofender al Vicario de Cristo. ¡No lo toleraremos! ¡No creemos que a la «catolicísima» España le importen tanto los destinos de la fe cuanto su ambición de hegemonía sobre toda Europa!

31. Sala de reuniones del Colegio Romano (de los jesuitas).

Una biblioteca completamente blanca. Una mesa larga, en torno a la cual discuten una decena de jesuitas.

GRIEMBERGER: El padre Clavio, el padre Malpertio y nosotros, astrónomos, hemos reconocido la validez matemática de los descubrimientos de Galilei.

INCHOFER: La validez de los descubrimientos de Galilei es completamente secundaria en comparación con el grave peligro que representan.

PASQUALIGO: ¡El profesor pretende sentar cátedra frente a la Iglesia!

MALPERTIO: Se limita a exponer sus ideas... ¿Es justo que la Iglesia obligue a los hombres de hoy a pensar con la cabeza de los de ayer?

UN JESUITA JOVEN: Nuestros hermanos de las misiones de Asia y América están enseñando ya el sistema copernicano... ¿Por qué no lo aceptamos aquí?

INCHOFER: ¿Es preciso recordaros que, en Europa, la Iglesia está azotada por el cisma? ¿Olvidáis la herejía de los protestantes? También ellos se arrogan el derecho de interpretar libremente la Biblia... ¡Dar la razón a Galileo significaría fomentar la disgregación, favorecer la reforma protestante!

Frente a las argumentaciones del padre Inchofer, los demás jesuitas callan. Sólo el padre Griemberger se atreve a formular una duda justificada.

GRIEMBERGER: ¿Y si Galilei tuviese razón?

Una especie de malestar general invade la reunión.

MALPERTIO: Sí... En el fondo, ¿qué sabemos nosotros del universo? ¿Dónde está Dios? ¿Por qué nos parecen absurdas las legítimas preguntas de un hombre? Más aún, ¿por qué nos horrorizan?

Las atrevidas objeciones de Malpertio sorprenden profundamente a Inchofer.

INCHOFER: ¡Son preguntas presuntuosas! La Iglesia ha dado ya respuestas precisas a todas las preguntas. Ante la obligación de defender a la Iglesia y a su autoridad, cualquier otra cuestión pasa inmediatamente a segundo plano.

El padre Malpertio coge entonces un tintero y lo muestra a los demás.

MALPERTIO: ¿Qué es esto?

GRASSI: Un tintero.

MALPERTIO: No... Es una piedra. Mirad bien.

GRASSI: Pero, ¿qué broma es esta?

MALPERTIO: La misma broma que queremos gastar a Galilei...

GRASSI: No es momento para jugar. El asunto es grave. ¡Porque, en todo esto, nosotros representamos a Dios!

MALPERTIO: Querido padre, nosotros nos representamos modestamente a nosotros mismos, y nada más... Yo no quisiera que la

Iglesia tuviera que arrepentirse de lo que decidamos...

Inchofer se lanza a neutralizar inmediatamente la táctica de sus oponentes, empleando el argumento clásico.

INCHOFER: Sabéis que yo aprecio la duda, pero a veces no es sino una tentación del Maligno...

PASQUALIGO: Giordano Bruno razonaba como Galilei: Según ellos, la Iglesia tiene algo que aprender de cualquiera... ¡Esa opinión mina las bases de la autoridad de la Iglesia!

MALPERTIO (Irónico): Y la autoridad de los jesuitas...

INCHOFER: Sí, padre Malpertio... ¿No os preocupa también a vos esa autoridad?... ¿Y a vos, padre Griemberger?

Los dos oponentes bajan la cabeza, sin atreverse a discutir nada más.

32. Sagrario de una iglesia florentina.

Los dominicos están promoviendo una intensa campaña antigalileana a todos los niveles. Frente a una muchedumbre de fieles, un dominico predica a voz en grito:

DOMINICO: ¡Oh, miserable Galileo! ¿Qué crees ver en el cielo? ¿Qué insensata soberbia te impulsa a subvertir la autoridad del libro de Dios? ¿Con qué orgullo te atreves a seducir las mentes? ¡La matemática es un arte del diablo y tú, en cambio, la colocas por encima y en contra de la palabra de los profetas!... ¡Con Galilei ha llegado a Florencia la herejía!... Pero nosotros, frailes de Santo Domingo, siervos humildísimos, llamados los perros blancos y negros que vigilan ante la puerta de la Iglesia para que no entre en ella el demonio, levantamos nuestra voz, damos la señal de alarma y decimos públicamente, para que nos oigan todos: ¡Quien defienda que el sol está en el centro y que la tierra se mueve, contra la autoridad de las sagradas Escrituras, es hereje! ¡Es culpable de herejía!

Teniendo en cuenta la ignorancia del público que le oye, la táctica del fraile está dando resultado... La represión contra los partidarios de Galileo (orientada a descalificarlos

y hacerlos impopulares) utiliza también otros métodos: la intriga política, la calumnia, la censura...

33. Imprenta de Florencia.

Landini, impresor florentino, está editando ejemplares del «Dialogo dei massimi sistemi». Entra el Inquisidor de Florencia, con otros dos dominicos.

INQUISIDOR: ¡Alabado sea Jesucristo!

Landini mira a los frailes con inquietud.

LANDINI: ¡El Inquisidor!

INQUISIDOR: Tengo orden de suspender la impresión del libro... y de confiscar los ejemplares ya impresos... Todos...

LANDINI: Pero si vos mismo me disteis la licencia de impresión...

INQUISIDOR: La licencia ha sido revocada.

LANDINI: ¿Con todo este trabajo ya hecho?

INQUISIDOR: La orden viene de Roma...

Secuestran todos los ejemplares e incluso todos los pliegos sueltos que encuentran.

34. Refectorio pontificio.

El Papa está sentado a una mesa, elevada sobre una tarima y, frente a él, hay otra mesa más baja, para su huésped, que es el embajador de Toscana. El escultor Bernini está realizando unos bocetos del Papa y se mueve en torno a él con agilidad; Urbano VIII le deja hacer con complacencia.

URBANO VIII: Trazadme bien los cabellos.

Dos prelados domésticos están probando el caldo que van a servir. La ceremonia sorprende al embajador.

URBANO VIII: Los españoles quieren envenenarnos...

EMBAJADOR: ¿Por qué?

URBANO VIII: Porque nos negamos a ser sus servidores... ¿Vos sois amigo de Galilei?

EMBAJADOR: Sí...

BERNINI: ¿Podríais sonreír, Santidad?

URBANO VIII: Después, después... También Nos lo éramos, pero hemos sido engañados. Con el libro que ha escrito, ha traicionado nuestra confianza...

Un prelado doméstico sirve el caldo al Papa y a su huésped, en platos de oro. El Papa sorbe el caldo.

EMBAJADOR: Parece increíble... Iba dedicado a Vos...

URBANO VIII: Galilei es muy hábil... Querido embajador, hemos de confiaros un encargo delicado y enojoso; debéis advertir al Gran Duque de Toscana que Galilei será citado ante el tribunal del Santo Oficio. *(Se vuelve hacia Bernini, que le muestra un dibujo)* ¡Demasiados cabellos!

EMBAJADOR: El Gran Duque se opondrá... Galilei es súbdito toscano.

URBANO VIII: El Gran Duque no se opondrá. Nos necesita, ¿no es verdad?

EMBAJADOR: Pero no puede obligarlo por la fuerza.

URBANO VIII: Solicitamos la colaboración del Gran Duque y la vuestra. Y no alarméis a Galilei antes de tiempo...

EMBAJADOR: Pero ¿diréis, al menos, de qué se le acusa?

El Papa Urbano sorbe su caldo de gallina.

URBANO VIII: El Santo Oficio no airea sus secretos. Galilei sabe en qué ha faltado. Debe venir a Roma. Si no quiere, le obligaremos.

El embajador mira con amargura su plato de caldo: no tiene apetito.

35. Casa de Arcetri.

La habitación de la planta baja ha sido acondicionada como estudio. La hija de Galileo cose. También está presente Sagredo, que mira atentamente algunos manuscritos de Galileo. Este pasea con inquietud por la habitación.

GALILEO: Te agradezco que hayas venido, Sagredo... Ya he redactado mi defensa. Echale una ojeada.

Galileo va a mirar por la ventana y ve a dos frailes que caminan de un lado para otro, manteniéndose a

cierta distancia: son dos dominicos, perros blancos y negros que vigilan...

GALILEO: Todavía están ahí esos frailes.

SOR CELESTE: ¿Qué harán? Están merodeando por aquí desde ayer.

GALILEO: Sí... no me pierden de vista.

SOR CELESTE: Pero, ¿por qué?

GALILEO: Temen que escape... Que no acuda a Roma.

SOR CELESTE: ¿Por qué habrías de escapar? ¿Qué has hecho?

GALILEO: No he hecho absolutamente nada malo.

SOR CELESTE: Claro que no. Y quien tiene la conciencia limpia no debe sentir miedo.

GALILEO: De modo, Sagredo... que el Gran Duque no ha querido defenderme...

SAGREDO: Ese no se enfrenta con el Papa... Hazme caso, huye.

SOR CELESTE: ¿Por qué iba a huir, y adónde?

SAGREDO: A Venecia, a mi casa o a la de Morosini. También ellos temen por ti...

GALILEO: Os asustáis sin motivo.

SAGREDO: Como te coja la Inquisición no te suelta...

GALILEO: Soy viejo y no tengo ganas de andar errante por el mundo, perseguido, durante el resto de mi vida...

SOR CELESTE: Quizá tenga razón Sagredo...

GALILEO: No. Quiero ir a Roma... Si huyo, me excomulgarán. Quiero ir a Roma para defenderme... Para exponer mis razones. Para discutir... Yo también pertenezco a la Iglesia, ¿no?

36. Casa de Arcetri. Exterior.

Galileo está acabando de abrir un hoyo bajo un árbol cercano a la casa. Tira la herramienta y, con ayuda de su hija, entierra un pesado cofre de metal. Entre los dos vuelven a tapar el hoyo cuidadosamente.

GALILEO: Ya está... Si pasa algo, escribe a Sagredo, ¿entendido?

Hazle venir rápidamente para recoger estas cosas... y dile que las edite fuera, en el extranjero...

SOR CELESTE: De acuerdo. Quédate tranquilo.

GALILEO: Es sólo por precaución... Nunca se sabe... Pero no hará falta, ya verás.

37. Celda de Galileo en el Santo Oficio.

Galileo es introducido por dos dominicos en una habitación blanca, escasamente iluminada.

FRAILE VIEJO: Si necesitáis algo, dirigíos al padre Charles. Está a vuestro servicio... Vivirá aquí con vos.

Sale el fraile viejo y Galileo va hacia la ventana: una ventana curiosísima, construida de modo que no pueda verse nada del exterior, ni siquiera el cielo.

PADRE CHARLES: ¿Necesitáis algo?

GALILEO: Tengo que hablar inmediatamente con alguien... Avisad al embajador de Toscana. Yo soy toscano... Somos muy amigos... Quiero hablar con el Papa. El Papa es amigo mío, lo ha dicho muchas veces. Hacedle saber que Galilei necesita verle... inmediatamente...

Precisamente en ese momento entra el embajador.

GALILEO: ¡Menos mal! Haced algo, pronto... Conseguid que pueda hablar con el Papa...

EMBAJADOR: Bueno, de acuerdo... Lo intentaré... Pero es tan confuso todo... Entretanto, os aconsejo una cosa: Tratad de obedecer a los inquisidores. Así acabará todo enseguida... No opongáis resistencia...

GALILEO: Pero ¿por qué?

EMBAJADOR: Si discutís será peor.

GALILEO: Pero ¿quiénes creen que son?

38. Tribunal del Santo Oficio.

Sala circular, de mármol, con hornacinas en las que están empotrados los tronos sobre los que se sien-

tan una decena de cardenales. En medio de la sala, la mesa del comisario, la del fiscal, y un banquillo para el acusado, que es Galileo. El comisario está mostrándole el «Dialogo dei massimi sistemi».

PADRE COMISARIO: ¿Reconocéis este libro?

GALILEO: Sí, es mío.

COMISARIO: ¿Estuvisteis en Roma en 1616?

GALILEO: Sí.

COMISARIO: ¿Por qué razón fuisteis llamado por el Santo Oficio?

GALILEO: No, no. Vine por mi propia iniciativa.

COMISARIO: En aquel año fue condenada la teoría del movimiento de la tierra, ¿no os enterasteis?

GALILEO: El cardenal Belarmino me habló de ello... Pero no me dijo que se tratase de ningún decreto, ni que fuese obligatorio observarlo...

COMISARIO: ¿Qué os dijo, exactamente?

GALILEO: Ha pasado tanto tiempo... ¿Cómo queréis que consiga recordar las palabras exactas, después de tantos años?

Pero el comisario va a jugar una carta oculta: saca un documento.

COMISARIO (Leyendo): «Así pues, en presencia del cardenal Belarmino, el comisario Segizi prescribió y dio orden expresa al citado Galilei, en nombre del Papa y de toda la congregación del Santo Oficio, de que abandonase la doctrina copernicana, absteniéndose de mantenerla, enseñarla o defenderla, de viva voz o por escrito. Precepto que Galilei admitió y prometió cumplir. Viernes, 26 de febrero de 1616».

GALILEO: No. El cardenal Belarmino se limitó a darme un consejo. No se levantó acta alguna... Nada... Mostradme la firma.

El Comisario, padre Firenzuola, dominico, se ve obligado a admitir un hecho extraño y sospechoso.

COMISARIO: No hay ninguna firma.

El cardenal Francesco Barberini (sobrino de Maffeo Barberini, ahora Urbano VIII) defiende a Galileo.

CARDENAL FRANCESCO BARBERINI: ¡Una intimación del Santo Oficio debe llevar siempre la firma del interesado!

En la sala, detrás de Galileo, hay tres jesuitas.

INCHOFER: Eso no modifica en nada la sustancia del hecho. Sin duda se le mostró el acta.

GALILEO: No. Nadie me mostró nada. Eso lo recuerdo muy bien...

39. Celda de Galileo en el Santo Oficio.

Galileo está acabando de escribir una carta dirigida al Papa. Seca la tinta con ceniza y tiende la carta al padre Charles, el jovencísimo dominico que está con él... El padre Charles lee y se echa a reír, burlándose de Galileo.

PADRE CHARLES: ¡Así no se escribe al Papa! ¡No es vuestro hermano! Será mejor que le escribáis de nuevo, diciendo así: «Mientras me postro para besar la sagrada sandalia y me confieso humildísimo y devotísimo servidor de la Santa Iglesia Romana, imploro de Vuestra Santidad, etcétera, etcétera».

Galileo, hastiado, recoge su carta y murmura con ironía:

GALILEO: ¡Sí! ¡La sagrada sandalia!

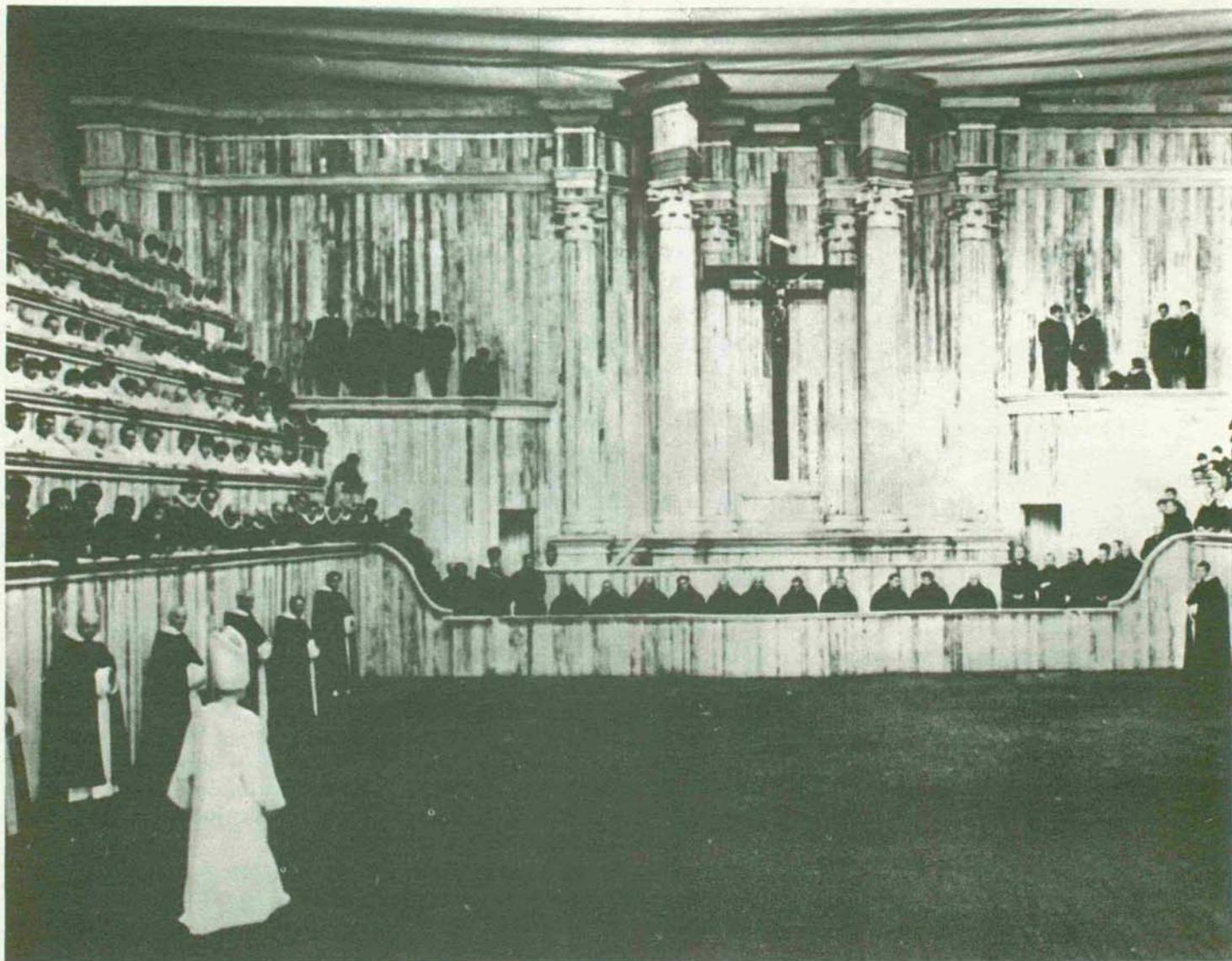
40. Sala del consejo de los inquisidores.

Sala de mármol blanco. Hornacinas claras en las paredes, una mesa y asientos de mármol sobre los que aparecen los diez cardenales, los padres generales de la Inquisición, el comisario y el fiscal. A un lado está también la comisión de consulta de los jesuitas (Inchofer, Grassi y Pasqualigo). Entre jesuitas y dominicos se mantiene la acostumbrada pugna de celo...

INCHOFER: Galilei llega a aceptar teorías de herejes como Gilbert, que dice que la tierra actúa como un imán.

CARDENAL BARBERINI: ¿Qué es un imán?

CARDENAL GINETTI: ¡Cosas de herejes! ¿Qué queréis que sea?



CARDENAL BARBERINI: Tenemos la pretensión de tratar asuntos en los que no somos competentes. Ni siquiera hemos leído el libro de Galilei.

INCHOFER: El mantiene la teoría del movimiento de la tierra. El corpus delicti es, sin duda alguna, la desobediencia consciente al decreto de Belarmino, es decir: malicia intencionada.

CARDENAL BARBERINI: Galileo ha negado que hubiera tal decreto. ¡Además, nos falta la firma!

INCHOFER: Pero está también el libro.

CARDENAL BARBERINI: Pues entonces pongamos el libro en el Índice y se acabó.

CARDENAL ZACCHIA: La voluntad del Papa ha sido formulada con claridad y a nosotros nos toca corresponder a ella.

COMISARIO: Sí, sí, eminencia, se hará, en la medida de lo posible.

41. Celda de Galileo en el Santo Oficio.

Galileo discute con el comisario del tribunal, padre Firenzuola (dominico).

GALILEO: Dejadme hablar con el Papa.

COMISARIO: Pero si nosotros actuamos siguiendo sus órdenes...

GALILEO: No. Es imposible... Yo... escribí el libro con su consentimiento.

COMISARIO: Pero ¿cómo podéis ser tan embustero?

GALILEO: En materia de embustes, creo que vuestro tribunal no tiene nada que envidiar a nadie.

COMISARIO: ¡Blasfemáis sin daros cuenta! Pretendéis haber escrito el libro según los consejos del Papa, pero ¿quién esperáis que se lo crea? Es cierto que en el prefacio del libro expresáis, con gran astucia, vuestro amor a la Iglesia. Pero ¿creíais que los sacerdotes sólo iban a leer el prefacio? Nos habéis infravalorado, amigo mío...

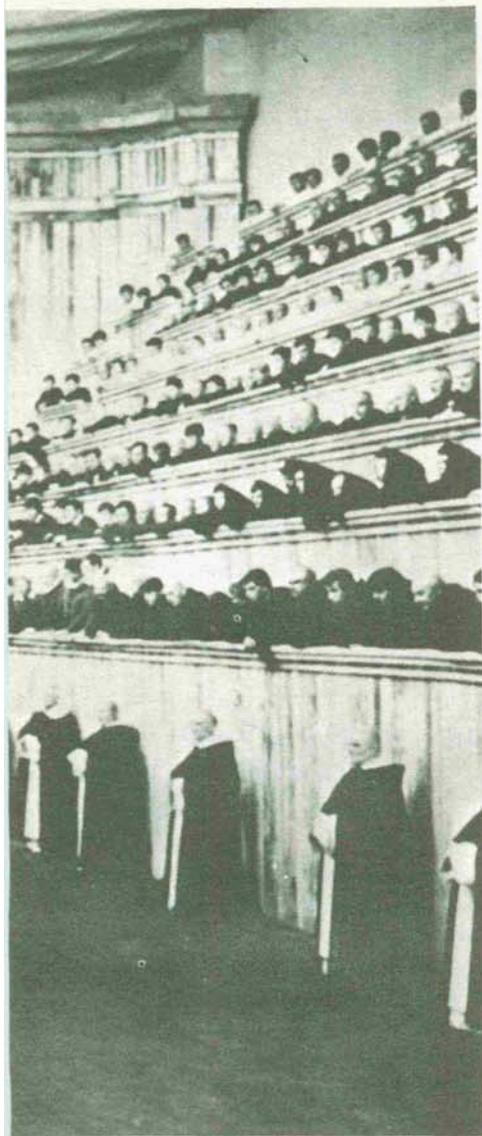
GALILEO: Está bien... En el tribunal diré la verdad.

COMISARIO: ¿Qué verdad?

GALILEO: La verdad: que he escrito lo que pensaba, ni más ni menos.

COMISARIO: Sois un ingenuo. ¿Queréis acabar como Giordano Bruno?

GALILEO: Me pregunto, padre, qué ha sido de la Iglesia... ¿Se ha convertido en una segunda Babel,



CARDENAL (tras entrar Galileo en la sala del Tribunal de la Inquisición, momento que recoge la foto): Nos, Inquisidores generales contra la depravación herética, decimos, pronunciamos y declaramos que tú, Galileo, te has hecho gravemente sospechoso de herejía.

¿Qué Iglesia defendéis? Decídmelo, porque yo no la reconozco. ¿Qué Iglesia es, que ni siquiera quiere oír mis ideas? Yo creía poder ofrecerle mi trabajo...

COMISARIO: El éxito se os ha subido a la cabeza. Doblegaos a la voluntad de la Iglesia; de lo contrario...

GALILEO: De lo contrario, ¿qué? ¿Pretendéis asustarme? Mantendré mis opiniones, recordadlo.

COMISARIO: Os perderéis. Sólo os queda una posibilidad: arrepentiros. ¿Tenéis fe?

GALILEO: ¡Claro que tengo fe! Pero creo también en la ciencia. No puedo renegar de lo que está científicamente demostrado; no puedo vender mi conciencia. Y ahora, por favor, ¡salid de aquí! ¡Fuera! ¡Dejadme en paz, por favor!...

COMISARIO: Pero he de deciros... Estoy aquí para ayudaros...

GALILEO: ¡Vamos! ¡Marchaos! ¡Fuera!

COMISARIO: Está bien, está bien... Me voy...

donde no podemos entendernos, donde no es posible distinguir ya el bien del mal?

COMISARIO: ¿Sabéis distinguirlo vos?

GALILEO: Habéis venido a preguntarme mentiras. Tenéis que admitir que ese decreto, falso, es verdadero. ¿Por qué tenéis que hacerlo? Porque vuestro tribunal necesita un documento. Pero la Iglesia no puede recurrir a estos subterfugios. Y si lo hace, quiere decir que se ha equivocado.

COMISARIO: ¡Qué sabéis vos de la Iglesia!

GALILEO: Yo también soy hijo de la Iglesia... ¿O acaso es asunto privado vuestro?

COMISARIO: Nosotros tenemos el deber de defenderla.

GALILEO: ¿También es deber vuestro atemorizar a la gente?

rrumpiéndole): ¡Oid vos! ¡Poneís en duda la autoridad de la Iglesia!

GALILEO: Eso no es verdad. Respeto la autoridad de la Iglesia, pero en este caso, si me lo permitís, no tiene nada que ver. Las leyes de la naturaleza son como son y no hay autoridad sobre la tierra que pueda cambiarlas. Yo sólo he intentado comprenderlas. No he cometido ningún pecado. De lo contrario, ¿por qué iba a darnos Dios ojos para mirar y cerebro para pensar?...

COMISARIO: Galilei, limitaos a responder a lo que se os ha preguntado.

CARDENAL GINETTI: No discutimos vuestra buena fe, pero estáis en el error, creednos... Debéis hacer una buena confesión...

GALILEO: Yo quisiera decir...

CARDENAL GINETTI (*Interrumpiéndole*): Habéis dicho que sois un buen católico, ¿no?

GALILEO: Sí.

CARDENAL GINETTI: ¿Y creéis que un buen católico discutiría las palabras de la Iglesia?

42. Tribunal del Santo Oficio.

Galileo, de nuevo frente a todos los miembros del tribunal de la Inquisición, se defiende. Desde lo alto de sus tronos, los cardenales lo miran compasivamente.

GALILEO: Creía que podía discutir... En los procesos, los acusados pueden defenderse.

COMISARIO: La verdad no puede ser discutida.

GALILEO: Sí, de acuerdo. ¡Pero también la mía es verdad!

CARDENAL GINETTI: ¡Sólo la Iglesia es depositaria de la verdad!

GALILEO: Oídmeme un momento... Lo que yo quería decir...

CARDENAL GINETTI (*Inte-*

43. Celda de Galileo en el Santo Oficio.

Galileo en la cama. Junto a él, el padre comisario, haciendo un último esfuerzo para persuadirlo. El joven padre Charles escucha atentamente.

COMISARIO: El diablo se está sirviendo de vos, y vos cedéis ante él.

GALILEO: Cedería si dudase de mis descubrimientos. Dejadme en paz, por favor.

COMISARIO: Pobre viejo. Ya no conseguís distinguir el bien del mal. Dejaos aconsejar.

GALILEO: No. No quiero seguir vuestros consejos. Me dan miedo... Queréis cogermme en la trampa, como un ratón... No, no... Antes o después... la Iglesia me com-

prenderá... Esto no es más que una pesadilla...

COMISARIO: Ya no sé qué decir... de verdad. Hágase la... la voluntad del Señor...

Cuando sale el comisario, Galileo baja de la cama y va a coger el tubo de su catalejo, que está apoyado contra la pared como un paraguas. Lo sostiene cariñosamente entre las manos y se acerca al padre Charles, que le observa.

GALILEO: Oye, ¿has intentado mirar?

PADRE CHARLES (Riendo): ¡Desde luego que no! Pero ¿es posible que os importe tanto ese chisme?

GALILEO: Sí, sí, me importa.

PADRE CHARLES: Debéis estar un poco loco. Habéis conseguido cansar a todo el mundo.

GALILEO: Dime, ¿cuántos años tienes?

PADRE CHARLES: Veinte. Y he estudiado, y los libros no dicen nada de ese trasto. ¿Creéis que sois un profeta?... Dicen que sois ambicioso... Eras amigo del Papa, ¿no teníais bastante?

Galileo mira al joven con una tristeza infinita, como pensando: «Tan joven y ya tan deformado». Tiene todavía entre las manos su catalejo, el objeto más querido del mundo: el testimonio de la propia razón.

44. Confesonario.

Galileo intenta encontrar a alguien que le comprenda. Tiene la sensación de estar loco, de hablar una lengua desconocida...

CONFESOR: ¿Queréis decir que todos los teólogos de la Santa Inquisición se equivocan y que sólo vos tenéis razón?... ¿Pensáis que todos vuestros jueces son incompetentes? ¿O acaso que pretenden burlarse de vos?

GALILEO: No lo sé... Ya no entiendo nada...

CONFESOR: No tenéis fe.

GALILEO: ¡Soy un hombre de fe!

CONFESOR: La primera virtud del hombre de fe es la humilde sumisión, la obediencia plena a la Iglesia.

GALILEO: Sí... Pero, padre... necesito comprender...

CONFESOR: Queréis comprender demasiadas cosas.

45. Celda de Galileo en el Santo Oficio.

Es de noche. El padre Charles está sobre el reclinatorio, leyendo oraciones a la luz de una vela. Galileo deambula con inquietud por la habitación. No sabe qué hacer. ¿Conseguirá, en su último intento, convencer a los jueces de sus verdades? ¿Deberá obedecer? Pero ¿es justo obedecer violentando a la verdad? Como si hubiese decidido algo, se vuelve hacia el padre Charles.

GALILEO: Oye... Déjame hablar inmediatamente con los inquisidores.

PADRE CHARLES: ¿Qué se os ha ocurrido?

GALILEO: Creo que conseguire convencerles.

PADRE CHARLES (Cortante): Había olvidado decir que los Reverendos Padres Inquisidores os esperan dentro de una hora.

46. Sala de tortura en el Santo Oficio.

Varios aparatos. Tres hombres sentados junto a ellos: son, evidentemente, los «expertos» de las máquinas. Galileo es introducido en la sala por dos dominicos. Se le pone ante los ojos un aparato que da la impresión de ser más eficaz que cruel, lo cual asusta aún más. Galileo ha quedado petrificado.

CARDENAL BARBERINI: ¡Estoy en contra de todo este procedimiento!

COMISARIO: Ha sido adoptado por mayoría y el Papa está al corriente de ello.

Los cardenales, el comisario y el fiscal están en una especie de antecámara y se comunican con Galileo a través de una reja. El comisario pronuncia la frase ritual:

COMISARIO: Todos los aquí presentes estamos dispuestos a someter al acusado a tortura, a fin de que pueda ser ayudado a confesar la verdad y arrepentirse.

Galileo mira a su alrededor, asustado.

COMISARIO: En nombre de Dios, arrepentíos.

Galileo se muestra cada vez más inseguro y aterrorizado... Mira a los cardenales, que esperan; después, presa del pánico, asiente con la cabeza. El comisario lanza un suspiro de alivio.

COMISARIO: Escribid... Concedemos al acusado el tiempo necesario para prepararse para el arrepentimiento...

Galileo es conducido fuera de la sala por los frailes que le acompañan.

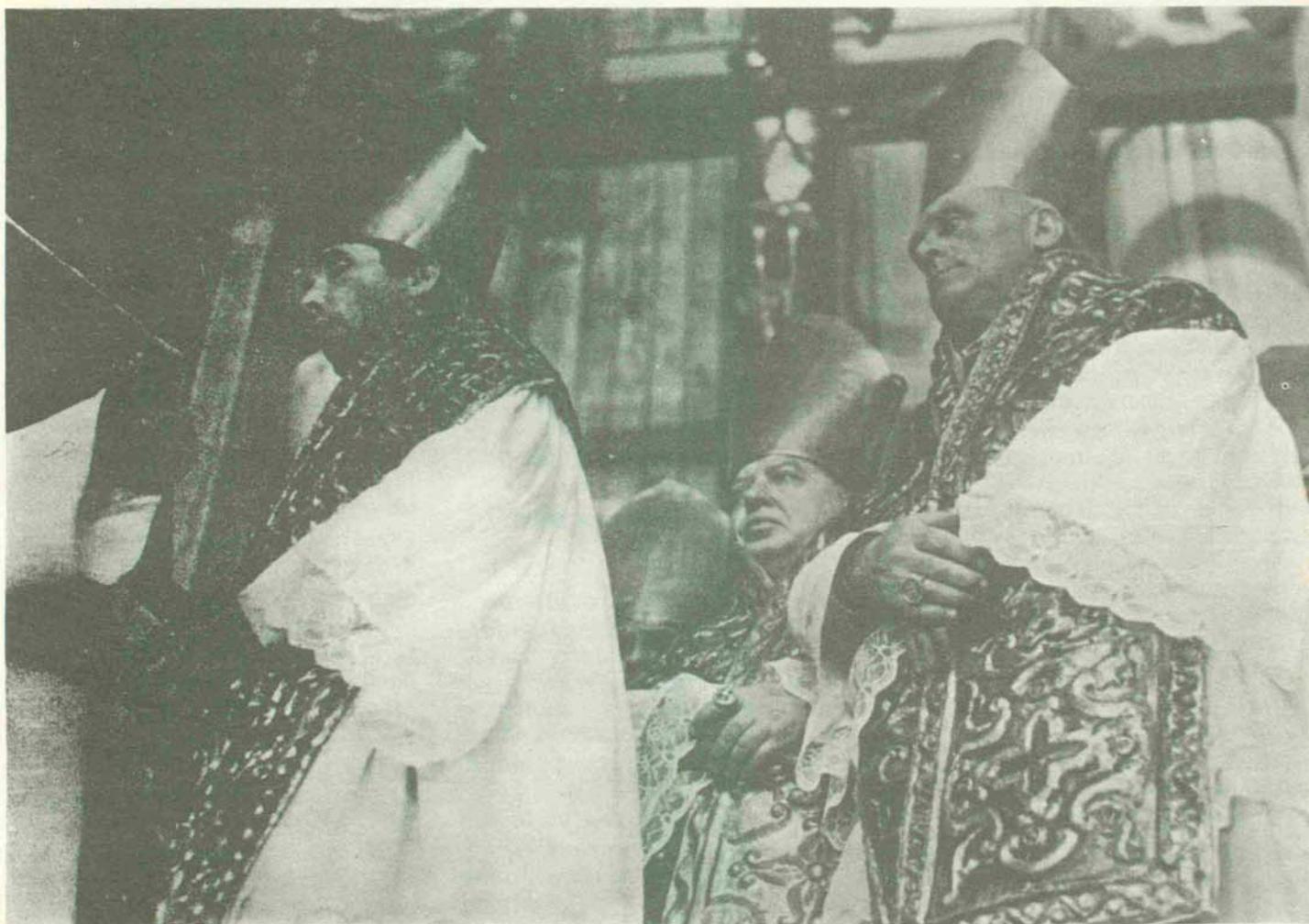
47. Celda de Galileo en el Santo Oficio.

Es de noche. Galileo sufre una pesadilla.

48. Tribunal del Santo Oficio (Sueño de Galileo).

La acostumbrada sala circular, con todo el tribunal presente. Galileo, en cambio, es esta vez un acusado que no teme nada ni a nadie.

GALILEO: Os digo lo que pienso: Ante todo, que siento haber venido aquí a someterme como un imbécil. Lo que he escrito en mi libro... lo creo... y no pienso ocultarlo... Además, estoy convencido de que es beneficioso para la Iglesia; no perjudicial... ¿Qué mal podría hacerle? ¿Y qué pecado he cometido? En cambio, vosotros, sentados ahí como pequeños dios, ¿podéis afirmar honestamente, habiendo cometido un acto de violencia moral contra mí, podéis afirmar honestamente que estáis libres de culpa, de pecado? Ya veis, no soy yo el único pobre mortal; aquí dentro, todos somos pobres mortales... Aunque tengáis trono, sedes, anillos y títulos, aunque aquí todo sea de mármol y el hombre de la calle esté tan lejos... Yo siempre he creído que la Iglesia amaba la verdad y luchaba contra la ignorancia. Pero me he equivocado; o bien vuestro tribunal no tiene nada que ver con la Iglesia... No. No lo creo. No me miréis como si fuese el diablo en persona: soy un hombre cualquier-



CARDENAL: Te condenamos a pena de cárcel formal a nuestro arbitrio y a penitencia de oración.

GALILEO (tras escuchar la sentencia): Abjuro, maldigo y detesto mis errores y herejías y juro que en adelante no afirmaré de viva voz ni por escrito cosas semejantes...

ra, pero quisiera deciros una cosa... Sí; hay alguien que ha visto el diablo aquí, hoy: lo he visto yo, en alguna de vuestras caras... y no sólo hoy...

Fin del sueño.

49. Celda de Galileo en el Santo Oficio.

El joven padre Charles aprovecha el sueño de Galileo para curiosear en el catalejo. Galileo se despierta tras el sueño, sudando y muy agitado. Ve al padre Charles con el tubo... El padre Charles se da cuenta de que ha sido sorprendido e intenta esconder el tubo bajo las sábanas de su cama...

GALILEO: ¿Qué escondes?... ¿Te han dicho que me lo quites?

PADRE CHARLES (Intimidado): No.

50. Estudio de Bernini.

La amistad del Papa Urbano con Galileo ha desaparecido, pero se ha consolidado la de aquél con Bernini. Galileo ha humillado la soberbia de la Iglesia, mientras que Bernini la magnifica en sus obras, recibiendo por ello gloria y riquezas. Con lo que se demuestra que la sociedad es agradecida para con sus hijos obedientes...

El Papa asiste a la descripción del boceto para el monumento funerario que quiere hacer construir con toda magnificencia, para que esté dispuesto cuando llegue la hora de su muerte. El boceto se presenta esta vez «en vivo», es decir, hecho con personas de carne y hueso, para que resulte así más clara la idea del escultor: un hombre vestido de papa con toda su pompa, dos mujeres con grandes lienzos, que repre-

sentarán diversas alegorías, cuatro niños regordetes, de unos dos años de edad, que serán los amorcillos de otras alegorías complementarias. Bernini está organizando los modelos...

BERNINI: La caridad... El niño es la fe... Así... No, así... Así, el otro brazo... prueba con el otro brazo... Eso es... Más inclinada, acusando más el peso del niño... ¡Más madre!... Más mujer, más dulce... ¿Te pesa el niño? Apóyate en la urna, eso es, así. Bien, bien... Mira al niño con dulzura, eso es...

La esperanza niña... La justicia... ¡Más inspirada!... Reflexiva... Apoya la mano en la mejilla... Eso es, así... Pensativa... pensativa... serena. ¡Apoya el brazo! Así, eso es... Mira a lo lejos, a lo lejos. La expresión suave, así... Más serena... La templanza, la fortaleza, ¡et voilà! (Va hacia el Papa) Con

este modelo espero realizar, según vuestro deseo, el monumento que acogerá vuestros santísimos... restos, confío en que sea dentro de cien años.

URBANO VIII: La justicia... bien. La caridad... bien... espléndido, maravilloso... La esperanza niña... Es hermoso... La templanza...

BERNINI: La base será de mármol rojo de levante, sobre mármol azulado. La gran columna para vuestra estatua, de mármol vetado con incrustaciones de pórfido... Para la estatua he pensado: las vestiduras, de mármol verde de Susa; la carne, negro de Valencia. La urna, de mármol jaspeado... Sobre ella, una muerte en mármol vetado, con un pergamino, negro de Valencia, en la mano, y sobre el pergamino irá escrito, con caracteres de oro, vuestro santísimo nombre.

Entra el comisario, padre Firenzuola, y se acerca al Papa.

URBANO VIII: Hermoso, sí... Perfecto... Bien, bien... Sí, sí...

COMISARIO: Santo Padre...

URBANO VIII: ¿Tan urgente es lo que tenéis que decirme?

COMISARIO: Galilei ha cedido. Podemos dar por terminado el proceso.

El Papa Urbano VIII objeta:

URBANO VIII: Queremos que se aplique un castigo ejemplar...

COMISARIO: Pide hablar con Vos...

Con un gesto de rechazo, el Papa adopta un tono paternal:

URBANO VIII: Creednos... Nuestro corazón de padre sufre... pero no podemos atenderle. (*Volviéndose hacia la estatua*) No, no, no... Eso no está todavía... Parece dormido... Necesita un gesto más amplio, más vivo...

Bernini sugiere un gesto al hombre que hace de modelo: un brazo levantado, en ademán de abrazo paternal.

BERNINI: ¿Así? ¿Mejor así?

URBANO VIII: Sí, eso, eso es.

BERNINI: Sí, sí, sí. ¡Exacto!

URBANO VIII: Bien... bien...

BERNINI: Un gesto de protección sobre el mundo...

URBANO VIII: Perfecto... Muy bien...

51. Calles de Roma.

Galileo, con túnica y capuchón de penitente, montado sobre la mula de la Inquisición, es conducido desde el palacio del Santo Oficio hasta la plaza de Minerva, al convento de los padres dominicos. Contemplando el insólito desfile, algún viandante interpela a Galileo y al cortejo. Galileo permanece en silencio. El capuchón que se pone a los niños revoltosos y las vestiduras de títere lo llenan de resentimiento.

52. Sala dispuesta para la abjuración.

Tribuna de madera para los espectadores y un amplio baldaquino para los Reverendos Padres Inquisidores. El conjunto parece un gran circo ecuestre, cuyo «número» principal es Galileo, que no es ya un hombre sino una especie de mono domesticado. Desde lo alto del baldaquino se da la orden para que comience el ritual, es decir, el espectáculo. Un cardenal lee la absurda retahíla:

CARDENAL: Nos, por la misericordia de Dios y de la Santa Iglesia Romana, Cardenales, Inquisidores generales contra la depravación herética, siendo tú, Galileo, hijo de Vincenzo Galilei, de setenta años de edad, culpable de haber escrito un libro que difundía la falsa doctrina de Copérnico, transgrediendo la orden que se te había dado... Nos decimos, pronunciamos y declaramos que tú, Galileo, te has hecho gravemente sospechoso de herejía. Pero decimos también que puedes ser absuelto de esta acusación si, con corazón contrito y fe verdadera, ante Nos abjuraras, maldices y detestas los citados errores y herejías del modo y en la forma que te ordenemos... Y para que este pernicioso error no quede sin castigo y para que sirva de ejemplo a los demás, a fin de que se abstengan de cometer delitos semejantes, ordenamos por edicto público que sea prohibido el libro de los «Diálogos», de Galilei. Te condenamos a pena de cárcel formal a nuestro

arbitrio y a penitencia de oración, reservándonos la facultad de disminuir o modificar la citada pena.

GALILEO: Quisiera decir...

Es insólito que un mono empiece de pronto a hablar.

CARDENAL GINETTI (*A Centino*): ¿Se ha vuelto loco?

GALILEO: Estoy dispuesto a confesar todo lo que queráis, porque soy cristiano y quiero seguir siéndolo... a pesar de todo lo que me habéis hecho.

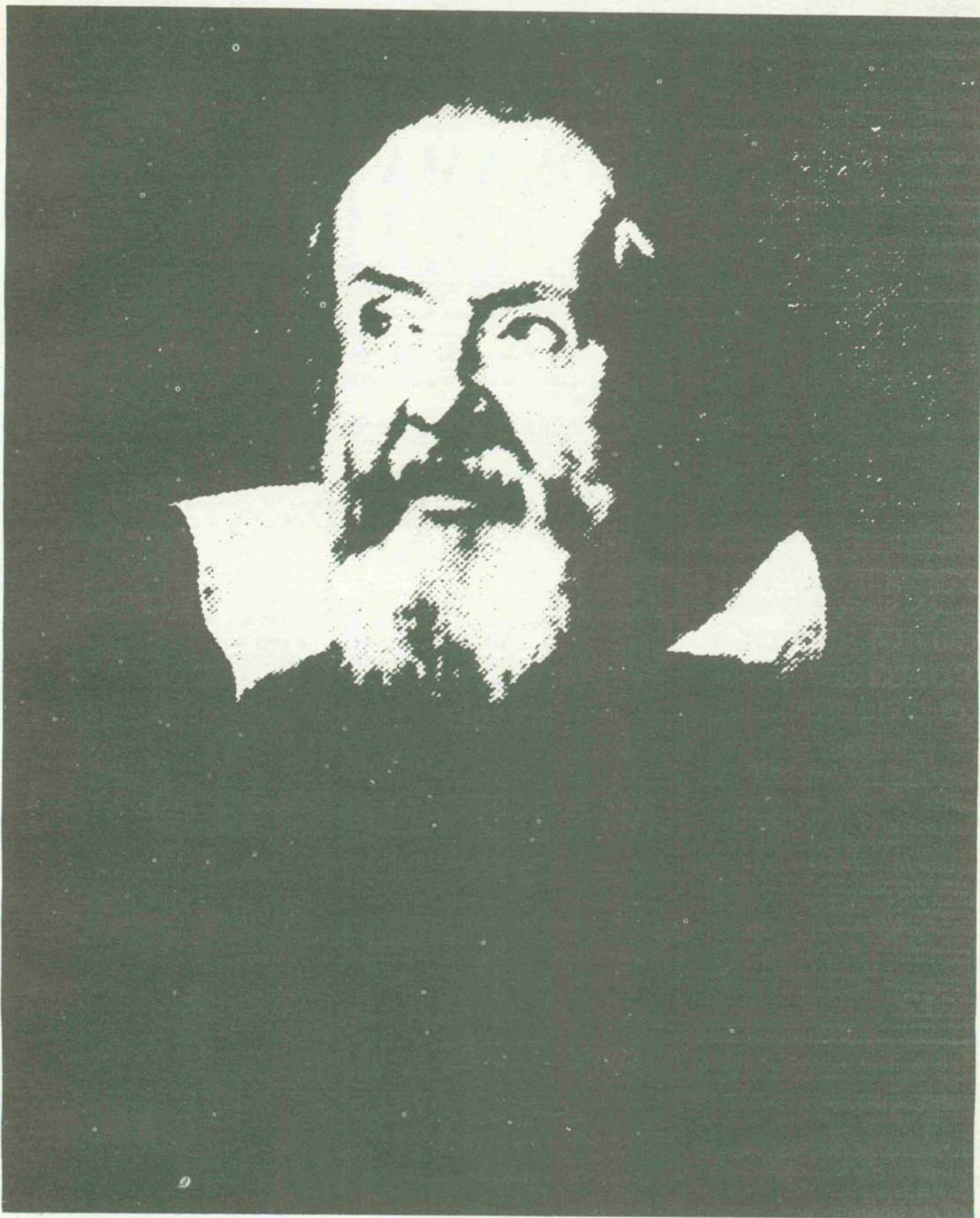
Sorprende entre los cardenales por la osadía del mono. El comisario vuelve a imponer orden en el tribunal, acercándose con una Biblia y un folio.

COMISARIO: Leed aquí... De rodillas.

Galileo, con la mano sobre la Biblia, lee el contenido del folio. La perorata se va convirtiendo poco a poco en un texto trágico que afecta e interpela a todos:

GALILEO: Yo, Galileo, hijo del difunto Vincenzo Galilei, arrodillado ante Vos, Eminentísimos y Reverendísimos Cardenales, Inquisidores generales, teniendo ante mis ojos los sacrosantos evangelios, juro que siempre he creído, creo y creeré todo lo que predica y enseña la Santa Iglesia Católica y Apostólica Romana. Pero siendo gravemente sospechoso... sospechoso de herejía, por haber defendido y creído que el sol está en el centro del universo y se mueve, y que la tierra no está en el centro del universo y se mueve... y queriendo alejar de las mentes de vuestras Eminencias esa terrible sospecha, abjuro, maldigo y detesto los citados errores y herejías y juro que en adelante no afirmaré de viva voz ni por escrito cosas semejantes... Y que si alguna vez conociere a algún hereje o sospechoso de herejía... lo denunciaré ante este tribunal. Juro, además, someterme a todas las penas y castigos previstos por los sagrados cánones para tales delincuentes...

Acabada la lectura, Galileo levanta la vista hacia los reverendos jueces, altísimos, proyectados hacia el cielo, ocupando el lugar de Dios. ■
(Traducción de LOLY MORAN y JUAN ANTONIO P. MILLAN.)



«Os conjuro, hermanos, a que evitemos un nuevo «proceso de Galileo». Uno sólo es suficiente para la Iglesia», diría el cardenal Suenens en el Concilio Vaticano II. De hecho, más que condenar a Galileo —a quien vemos aquí en retrato de J. Susterman— la Iglesia se condenó a sí misma